



SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER



**UN CENTAVO
POR MI VIDA**

—Buenas tardes —dijo una voz.

Di un respingo en la silla, despertándome. Apenas hacía diez minutos que me había dormido.

Observé al tipo que estaba delante. No, no lo había oído llegar, pero era tan pequeñajo que quizá se había filtrado por la ranura de la puerta. Debía andar por los cincuenta años de edad y conservaba muy poco pelo sobre la cabeza. Poseía cara de buen chico, ojos defendidos con gruesos lentes y bigotito recortado. Me recordó al perrito de mi vecina.

—¿El señor Wyler, Peter Wyler? —Ladro.

—Está hablando con él en persona.

El hombrecito sonrió.



Keith Luger

Un centavo por mi vida

Bolsilibros: Servicio Secreto - 546

ePub r1.0

jala y xico_weno 06.02.18

Título original: *Un centavo por mi vida*
Keith Luger, 1961

Editor digital: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Keith Luger

Un centavo por mi vida

1ª. EDICIÓN

ENERO 1961

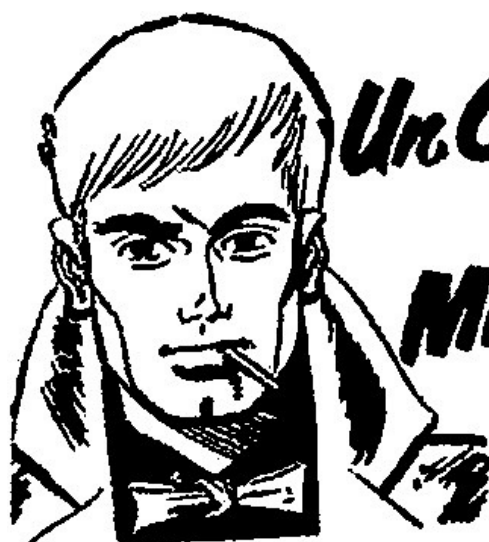
EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)



UN CENTAVO
por
MI VIDA

por
KEITH LUGER

CAPÍTULO PRIMERO

—Buenas tardes —dijo una voz.

Di un respingo en la silla, despertándome. Apenas hacía diez minutos que me había dormido.

Observé al tipo que estaba delante. No, no lo había oído llegar, pero era tan pequeñajo que quizá se había filtrado por la ranura de la puerta. Debía andar por los cincuenta años de edad y conservaba muy poco pelo sobre la cabeza. Poseía cara de buen chico, ojos defendidos con gruesos lentes y bigotito recortado. Me recordó al perrito de mi vecina.

—¿El señor Wyler..., Peter Wyler? —Ladro.

—Está hablando con él en persona.

El hombrecito sonrió.

—Celebro conocerle, señor Wyler. Mi nombre es Hugh Graham —miró el sillón que había a la derecha—. ¿Puedo sentarme?

—Claro que sí, señor Graham.

Se sentó con mucho cuidado, como si temiese que el sillón no pudiese resistir sus sesenta kilos de peso. Luego alzó los ojos.

—Quiero contratar sus servicios, señor Wyler.

—Muy bien. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Pues verá —hizo una pausa y miró al suelo, quizá porque esperaba encontrar la solución en la alfombra. Luego volvió a mirarme—. Me quieren comprar mi negocio, pero yo no quiero venderlo.

Le ofrecí el paquete de cigarrillos y rechazó la invitación. Encendí y, mientras exhalaba la primera bocanada de humo, me retapé en la silla.

—¿Qué es lo suyo, señor Graham?

—Fabrico ropa.

—Muy interesante.

—Es asunto que empecé hace tres años, después de la guerra. La fábrica pertenecía a un amigo, al que le fue mal la cosa. Me la vendió a mí y, bueno, yo resistí los malos tiempos y luego las cosas empezaron a ir mejor. Hoy es un negocio floreciente.

—¿Vende usted mismo la ropa que fabrica, señor Graham?

—No. Yo la distribuyo entre los almacenes.

—Explíqueme su problema.

Graham sacó un pañuelo, con el que se enjugó las palmas de las manos.

—Ocurrió ayer. Yo estaba en mi despacho de la fábrica cuando mi secretaria me pasó la tarjeta de un visitante, Marco Pisano. Creí que sería algún almacenista nuevo y di autorización para que pasase, pero Marco Pisano no se presentó solo. Iba acompañado por dos hombres altos, terriblemente fuertes. Uno podría jurar viéndolos que, en otro tiempo, fueron boxeadores.

—Conozco la fauna, señor Graham. Continúe.

—Empecé a pensar que algo extraño pasaba allí cuando el señor Pisano no me presentó a sus acompañantes. Ellos se quedaron junto a la puerta.

—¿Invirtió mucho rato Marco Pisano en entrar en materia?

—No, señor. Abordó el tema enseguida. Se inclinó sobre mi mesa y, muy sonriente, dijo que yo era un hombre de suerte porque la sociedad que él representaba estaba dispuesta a comprarme la fábrica.

—¿Qué sociedad es ésa?

—No lo dijo —se mojó los labios con la lengua—. Me hizo una oferta de treinta mil dólares.

—¿Cuánto vale su fábrica?

—Unos cien mil.

—Ese Marco Pisano no parece tonto.

—Naturalmente, rechacé su oferta, y él entonces dijo sin perder la sonrisa que me daría un día para pensarlo. Me advirtió que hoy a las cuatro vendría otra vez a la oficina para sellar el acuerdo. Dijo que lo traería todo preparado, la escritura, la copia y hasta los testigos.

—¿También los treinta mil dólares?

—Sí, señor. Me advirtió que me pagaría con dinero contante y

sonante.

—¿Eso fue todo?

El hombrecillo sacó otra vez el pañuelo y se lo aplicó a la frente.

—Antes de despedirse, el señor Pisano dejó de sonreír. Cada vez que recuerdo su cara se me eriza el vello... No me da vergüenza confesar que siento miedo, señor Wyler. Lo mío nunca han sido las peleas. Desde pequeño fui el perdedor. Por ello me di cuenta de que, para abrirme paso en la vida, tendría que valerme de otra cosa que no fuesen los puños. Siempre he empleado la cabeza, señor Wyler.

—¿La ha empleado para venir aquí, señor Graham?

—No le comprendo.

—¿Por qué no acudió a la policía?

Graham empezó a carraspear otra vez.

—Usted me inspiró confianza, señor Wyler. He leído unas cuantas cosas de usted en los periódicos y sé que es un hombre que... ¿Cómo dicen ustedes?... Ah, sí, un hombre que no se achica ante nada.

—Y usted, señor Graham, espera que yo convenza a esos tipos para que lo dejen en paz. Usted piensa que yo soy el Superman que puede partírle la cabeza a Marco Pisano, hacer albóndigas con los dos exboxeadores y hasta es posible que haya pasado por su mente la idea de que podría jugar a los bolos con las cabezas de los otros matones que le enviarían después.

Hizo una mueca muy triste y luego se puso en pie.

—Tiene usted razón, señor Wyler. Perdóneme. Me temo que esta vez no empleé la cabeza... Ellos son muchos y usted no deja de ser un hombre, uno solo. Dígame qué le debo por la consulta. Le pagaré el tiempo que le he hecho perder.

Estuve un rato contemplando su cara. Había cambiado de color. Sí; ahora estaba más pálida.

—¿Qué va a hacer, señor Graham? —pregunté.

—No lo sé. Supongo que no me quedará más remedio que vender. He oído hablar de los procedimientos que utiliza esa gente. Pegan a las personas, ¿sabe?

Lo dijo con la mayor ingenuidad del mundo y agregó para mi información:

—Y también emplean ácido corrosivo.

De buena gana hubiese soltado una carcajada en sus narices o le hubiera dicho: «No me lo diga a mí, hermano. Yo ampliaré sus conocimientos. También machacan huesos, y utilizan planchas al rojo vivo, que arriman a las plantas de los pies, y clavan estacas baja las uñas, y emplean cuñas de acero para aumentar a uno de tamaño, y a veces, cuando se aburren, cuelgan a sus víctimas del techo boca abajo para darles baños de cabeza...».

Sí; le podía haber dicho eso y otras muchas cosas pero, infiernos, él tenía el miedo metido en el cuerpo y se me podía caer redondo en el despacho.

—¿Cuánto he de pagarle? —insistió.

—Son cuarenta dólares diarios más los gastos.

Vi cómo la nuez le bailaba en la garganta. Arriba y abajo. Arriba y abajo.

—¿Quiere decir qué...?

Me puse en pie, consultando el reloj.

—No nos queda mucho tiempo, señor Graham. Ahora son las tres.

Tartamudeó nervioso:

—Sólo nos llevará treinta minutos llegar a la fábrica. Está en Queens, un poco más atrás de Jamaica, en Palisade Avenue.

Abrí el cajón de la mesa y saqué mi «Luger». Comprobé su perfecto funcionamiento y la introduje en el bolsillo. Al alzar los ojos observé que Graham estaba todavía más pálido.

—¿Va a utilizarla, señor Wyler? —dijo, señalando hacia la parte del saco donde había guardado el arma.

—Sólo es para amedrentarlos.

—Oh, sí, desde luego.

Echamos a andar hacia la puerta, pero antes de llegar lo tomé del brazo.

—Dígame el número de la Palisade Avenue.

—El 937.

—¿Trajo su coche, señor Graham?

—Sí.

—Muy bien. Usted viajará solo y yo iré detrás —enarcó las cejas y le expliqué—: Cabe la posibilidad de que le hayan seguido, y es preferible que dividamos nuestras fuerzas.

Le gustó aquello de que lo considerase como una fuerza.

—Sí, señor Wyler. Tiene usted razón. Las dividiremos.

Le concedí un poco de ventaja pero no mucha porque, ciertamente, podían haberlo seguido hasta mi oficina.

Graham partió en un «Ford» negro y fui tras él en mi convertible color cremoso.

Miré a un lado y otro de la calle y luego por el espejo retrovisor. Todo estaba en orden o, al menos, me lo parecía a mí.

Cuando estábamos cerca de la fábrica dejé que Hugh me tomase un poco más de delantera, porque pensé que quizá los matones de Pisano podían estar a la espera.

El 937 de la Avenida Palisade se componía de un edificio de dos cuerpos, el primero de ladrillo de tres pisos y el otro una gran nave que ocupaba muchos acres de terreno. La playa de estacionamiento estaba a la derecha y allí había un centenar de coches que debían pertenecer a los empleados. Probablemente Graham había sido muy modesto al valorar su negocio. Se llegaba al edificio de ladrillo por un camino de cemento bordeado de palmeras. Al pie de una escalera vi el «Ford» negro y al hombrecillo. Conduje el convertible a la playa de estacionamiento, donde estaban los otros coches.

Al llegar al lado de mi cliente, éste emitió un gruñido.

Subimos en el ascensor a la tercera planta y cruzamos una gran sala donde trabajaban cuatro mecanógrafas. Resultaba increíble que las cuatro monadas estuviesen con aquel tipo. Hubiesen lucido mejor como modelos de una casa de la Quinta Avenida. Había dos morenas, una rubia y una pelirroja. Me quedé coa la rabia porque justamente se estaba poniendo saliva en la media. Era un bonito espectáculo y me detuve para contemplarlo. Graham tuvo que soltar otro gruñido desde la puerta para que apartase mis ojos de aquel lugar. La rubia alzó los suyos. Eran grandes, enormes.

Le hice un saludo con la mano y también le dediqué una sonrisa, pero ella no me correspondió con nade.

Entré en el despacho de Graham. Era muy espacioso y la mesa, larga y reluciente, se ubicaba ante un gran ventanal.

En la pared de la derecha colgaba un lienzo de Diana Cazadora. Nunca he sido cazador pero me dieron ganas de subir a darle unas cuantas lecciones de tiro al arco.

—¿Quiere beber algo, señor Wyler?

Le dije que sí, y Hugh fue a un rincón, tocó un botoncito y

apareció la cueva de Alí Babá en miniatura. Allí había botellas de todas clases.

—¿*Gin*? —preguntó.

—Prefiero *whisky*.

Me senté en un sillón con el vaso en la mano.

El hombrecillo también bebió un gran trago de su dosis y se puso a pasear de un lado a otro de la estancia.

—¿Cree que podrá arreglarlo?

Me encogí de hombros.

—Nunca se puede saber.

Cuatro tragos más tarde se oyó un zumbido. Graham frenó en seco y dio autorización para entrar. Aposté a que sería la rubia.

Pero entró la pelirroja.

—El señor Pisano —anunció.

Vi cómo las piernas de Graham flaqueaban.

—¿Viene solo, señorita Lodge?

—No, señor. Le acompañan los dos caballeros que ya vinieron ayer.

Graham me miró y yo le hice una señal afirmativa con la cabeza.

—Puede decirles que pasen —ordenó a su empleada.

La nena me envió una mirada de cien mil voltios y se marchó.

Graham se volvió rápidamente.

—Ya están aquí —dijo, como si yo hubiese caído de una nube.

—Siéntese tras su mesa y permanezca tranquilo.

Sabía que era mucho pedirle, pero él galopó hasta hallarse en su sitio. Tomó un papel, luego otro y se puso a leerlo.

CAPÍTULO II

La puerta se abrió y entró Marco Pisano con sus dos gorilas domesticados. Eché a faltar el redoble del tambor.

Marco Pisano se detuvo y me miró, poniendo una cara de: «¿dónde he visto yo a este tipo?».

Era un hombre guapo. Pero ahora su nariz griega se arrugó como si la hubiese aproximado demasiado a un vertedero.

Los dos gorilas se habían quedado junto a la puerta. Eran grandotes, de brazos y piernas poderosos, y pecho atlético. Uno de ellos portaba una valija.

Graham tuvo un arranque de coraje.

—Adelante, señor Pisano.

El bello Marco titubeó unos instantes y, por último, se dirigió hacia la mesa y otra vez lo vi sonreír.

—Nos hace un día demasiado caluroso para ser el mes de junio —dijo.

Quizá en sus horas libres estudiaba un curso de meteorología y estuve a punto de preguntarle cuándo llovería, pero él entró en materia sin concederse pausa.

Llevaba un portafolios en la mano derecha, que depositó sobre la mesa.

—Como ya le adelanté, lo tengo todo preparado. Aquí están las escritoras. Trae el dinero, Joe.

El de la valija se adelantó hacia la mesa.

Graham hizo otro esfuerzo.

—No voy a vender mi negocio, señor Pisano.

Se hizo un gran silencio en la estancia.

—¿De qué habla, Graham? —dijo Pisano.

Mi cliente empezó a hundirse en el sillón. El sudor le caía a

chorros por la cara. Era demasiado para él.

—Mi fábrica... no está en venta... No, señor Pisano... No lo está.

Marco giró la cabeza y detuvo los ojos en mi cara. En aquella posición, sin pestañear, dijo:

—Ultimamos la operación ayer, Graham, y usted ha de cumplir. Me llegó el turno.

—Enséñeme el documento, Pisano —dije.

—¿Qué documento?

—Usted dice que selló ayer el compromiso de venta con el señor Graham. Muéstreme el papel, la opción o como quiera llamarlo.

—No hay nada de eso. Graham hizo una promesa verbal. No puede volverse atrás ahora.

—Se volvió atrás.

Pisano entrecerró los ojos e hizo una señal al matón que estaba cerca de la puerta. Quería indicarle que estuviese atento, que las cosas podían complicarse.

—¿Quién es usted? —me preguntó.

—Peter Wyler.

—¿El detective?

—Sí.

—Regrese a su oficina. Le hicieron una llamada en su ausencia. Un cliente le ofreció doscientos dólares por buscar una persona desaparecida.

—Qué gran noticia.

—Recibirá el dinero mañana y no tendrá que trabajar porque la persona aparecerá esta noche. Bonito, ¿verdad? Doscientos dólares por no pegar golpe.

—Es un caso que no me interesa.

En la estancia se hizo otra pausa. Pisano terminó de volverse para dedicarme más atención.

—No sea necio, Wyler —dijo—. El primer mandamiento del decálogo es saber lo que a uno le conviene.

—Aplíqueselo.

—He conocido algunos tipos tozudos. Todos acabaron mal.

Me puse en pie con el vaso en la zurda y bebí un trago.

—Escúcheme, Pisano —dije, clavando mis pupilas en las suyas—. Se van a olvidar de esta fábrica y de Graham. Ya se lo oyó decir a él. Está satisfecho con su negocio. No quiere venderlo.

—Lo venderá.

—No, Pisano.

—Por última vez, Wyler, apártese de nuestro camine.

El tipo de la puerta echó a andar. Instantáneamente también lo hizo el de la valija. Sólo el de la puerta tenía las dos manos libres porque Joe continuaba con la valija en la diestra.

Les dejé acercarse y de pronto arrojé el vaso contra la cara del compañero de Joe.

El tipo se tuvo que agachar para burlar el proyectil. Era justamente lo que yo esperaba para estrellarle el puño en las narices.

El fulano se derrumbó en la alfombra dando vueltas como una pelota. Casi todos los exboxeadores son lentos de reflejos. Es consecuencia de los golpes acumulados a lo largo de su carrera.

Joe se detuvo mirando a su compañero y fue una oportunidad para asestarle un mandoble en el cuello con el filo de la mano.

Cayó de lado lanzando un grito mientras le escapaba la valija de los dedos.

Pisano empezó a meter la mano bajo la chaqueta, pero yo exhibí el arma un siglo antes que él.

—Quieto, Marco.

Vio mi «Luger» y se olvidó de su «quitapenas».

—Está bien, Wyler. Mil dólares.

—Cerdo —le dije.

Empezó a ponerse rojo y lo encontré muy divertido. ¿Sería posible que un sinvergüenza como él se azorase alguna vez?

—Ande, Pisano. Dele a las piernas y olvídense de Graham y de la fábrica.

Titubeó unos instantes, pero por último sacudió la cabeza.

—Podría olvidar a Graham y a su fábrica, pero no lo voy a olvidar a usted, Wyler.

Si tuviese en cuenta todas las amenazas que me han lanzado en los últimos cinco años, me habría tenido que ir a vivir a Alaska, pero allí hace demasiado frío, y las rubias van muy abrigadas.

Los dos matones se pusieron en pie dando traspiés. El compañero de Joe se apretaba la nariz con las manos tratando de contener la hemorragia.

Pisano echó a andar hacia la puerta.

—Vamos, muchachos.

Los dos gorilas me miraron haciendo muecas, pero luego se decidieron a seguir a su amo.

Graham y yo quedamos solos en el despacho.

Fui derecho al bar y me serví una buena ración.

Graham se entretenía en enjugarse el sudor con el pañuelo.

—¿Cree que será suficiente? ¿Cree que no volverán otra vez, señor Wyler?

—Si Pisano no representa a ninguna sociedad y sólo obra por cuenta propia, quizá se de por satisfecho.

—¿Y si la sociedad existe realmente?

—Pediré información a ese respecto —me acerqué a la mesa y tomé el teléfono. Busqué el número del «Star» y rogué a la telefonista que me pusiese en contacto con Ralph Javalay.

—Hola, columnista —dije cuando oí la voz de Javalay al otro lado.

—No puedo dedicarte ningún tiempo ahora, Peter. El jefe quiere que vaya a una reunión en Long Island.

—¿Cuándo estarás libre?

—A la noche. ¿Nos reunimos a las nueve en lo de Brown?

—Muy bien. Allí estaré.

Colgué y miré a Graham.

—El informe se demorará un poco.

—Me gustaría que se quedase por aquí unos días.

—No me ha gustado ser niñera de nadie. Ya hice frente a la pandilla.

—Pero usted mismo no sabe si volverán.

—Tengo un amigo que se dedica a eso. Es un buen tipo.

—Seguro que no lo es tanto como usted.

—Lo mío son las investigaciones, señor Graham. Acepté porque quise sacarlo del apuro de momento, pero ahora ya le digo que no es cuenta mía. Acabo de concertar una cita con un periodista para saber de Marco Pisano. Si recibo más noticias, es posible que vuelva por aquí, pero si mi amigo me tranquiliza, daré por cancelado el negocio. Puedo enviarle ese guardaespaldas, sólo tiene que decirlo.

—¿Dice que es de su confianza?

—Seguro.

—Está bien. Mándelo.

Descolgué de nuevo el micro y marqué otro número. Cuando descolgaron a la otra parte, me llegó el ruido de las bolas de billar. Dije que quería hablar con Ross Moller y al cabo de un rato oí la voz carrasposa que yo esperaba.

—¿Quién llama?

—Peter Wyler. Tengo trabajo para ti, Ross.

—Esta semana no. Me salió un forúnculo en los cuartos traseros.

—Y un cuerno. Vas a recibir veinte dólares por no hacer nada.

—Lo mismo dijiste la última vez y me tuve que comprar una nueva dentadura.

—Pero aún te sobró dinero Sólo me acuerdo de los amigos para los asuntos buenos.

—¿Qué hay que hacer?

—Estar a todas horas junto al tipo que te va a dar de comer.

—¿A quién teme el fulano?

Le expliqué el asunto en pocas palabras y él dijo:

—Nunca he oído hablar de ese Marco Pisano.

—Yo tampoco.

—Aceptaré el trabajo por treinta dólares.

Se lo dije a Graham y él dio la conformidad.

—Está bien, Ross. Tu patrón dice que sí —a continuación le di la dirección de la fábrica—. Tienes media hora para plantarte aquí.

—¿Por qué no una hora? He de acabar mi partida.

—Ahora o busco a otro.

—Está bien —rezongó—. Voy para allá.

Dejé el tubo en la horquilla.

—No tardará en llegar —expliqué a Graham—. Ross Moller es tan grande como los fulanos que trajo Pisano y tiene alguna experiencia con respecto a esta clase de negocios —hice una pausa—. Su *whisky* fue muy bueno, Graham.

—¿Se va ya?

—Sí.

Sacó la cartera y me alargó un billete de a cien.

—Le dije cuarenta dólares.

—Por cien me resulta aún barato. Usted me ha devuelto la tranquilidad.

Guardé los cien dólares diciéndome que las cosas podrían haber salido mal, en cuyo caso yo hubiese estado en el hospital en aquel

momento.

Le estreché la mano que me tendía.

—¿Me llamará usted si recibe noticias de ese amigo suyo? —
inquirió.

—Sólo lo haré si tengo algo que contarle.

Salí por la puerta.

Tres muchachas se habían ido, pero quedaba la rabia. Se estaba pintando los labios frente al espejito.

—Hola —dije.

Me alumbró con los faros, pero eso fue solo un segundo. No habría mirado con más atención el cubo de los desperdicios.

Me llegué a su lado.

—Tengo un par de horas Ubres.

Lo guardó todo en el bolso, se puso en pie y empezó a alejarse, diciendo:

—Llame a otra puerta.

¿Para eso me había dado tanta prisa en salir del despacho de Hugh Graham? Pensé en la ingratitud humana mientras encendía un cigarrillo.

Cuando caminaba hacia la playa de estacionamiento la vi otra vez, pero ahora no iba sola. La acompañaba un tipo y ambos viajaban metidos en un «Jaguar». La rubia también me vio a mí y observé en su cara una maliciosa sonrisa. Le repliqué con un gesto burlón. Y entonces ocurrió lo más bonito: ella me sacó la lengua.

CAPÍTULO III

Ya pasaban treinta minutos de la hora convenida, cuando Ralph Javalay apareció por la puerta de lo de Brown y serpeó por las mesas encaminándose hacia la mía. Se quitó el sombrero mostrándome su incipiente calva y dejóse caer en una silla, dando un suspiro de alivio. Luego empezó a cogerse los pies, primero el izquierdo, luego el derecho y vuelta a empezar.

—Debería hacerme los zapatos a la medida —murmuró.

Me pareció una buena idea, pero no se lo dije. Uno nunca debe dar consejos cuando se trata de calzado. Se puede enredar la conversación y terminar hablando de la ropa interior.

—Sí, Peter —dijo—. Me los haré cuando ese condenado director decida aumentarme el sueldo.

Tim, el mozo, se acercó trayendo un vaso de *whisky*. Tim y yo sabíamos que Ralph Javalay se alimentaba con *whisky*. Sólo de vez en cuando ingería algún alimento sólido, quizá para variar. Nunca he conocido a nadie que resista tanto el alcohol como Javalay.

—Está bien, Ralph —murmuré entrando en materia. Y a continuación le conté todo lo que me había pasado con Hugh Graham.

Javalay, como buen periodista, sabe callar cuando debe. No le gusta interrumpir, pero a veces me saca de quicio, especialmente ahora que dejó transcurrir un minuto después que hube puesto punto final al relato, Estuvo mirando al mantel, luego su vaso y más tarde el techo.

—¡Maldita sea, Ralph! —exclamé—. ¡Suéltalo ya!

Bajó la mirada posándola en mi cara.

—Siempre hemos sido sinceros uno con otro, ¿eh, Peter?

—Sí, claro.

—Corriente, muchacho. Olvídate de Marco Pisano, de sus dos gorilas y de todo lo demás.

Tragué una porción de aire.

—Hablas como ellos, Ralph. Acabas de decir que siempre hemos sido sinceros. ¿Quién soy yo?... ¿Tu amigo Peter Wyler o un desgraciado que acabas de encontrar en la calle? Cuando intervengo en un asunto me gusta destriparlo, sacarle todo lo que lleva dentro y, si empiezas con misterios, ése no es el mejor camino para que yo abandone.

—Es justo lo que debes hacer. Abandonar.

—Todo tiene su razón.

Se apretó el puente de la nariz con la mano mientras cerraba los ojos. Luego los abrió y me miró otra vez.

—Marco Pisano decía la verdad cuando se refirió a que era sólo representante de una sociedad.

—¿Qué sociedad?

—La «Murray Incorporated».

—Me dejas igual.

—Se trata de uno de los buenos negocios de nuestra época. —Ralph cogió su vaso y miró el *whisky* a contraluz—. Antes los «gangsters» se dedicaban al contrabando de licores o de narcóticos, o a la trata de blancas y a un sinfín de otros asuntos que olían a podrido a unas cuantas millas de distancia, pero ahora se han vuelto honrados.

—Continúe su disertación, profesor, pero no me diga cosas que ya sé. Recuérdelo, profesor. «Murray Incorporated».

—La cabeza es Bill Corvino.

—¿El jugador?

—Exjugador. Bill Corvino fue barrido de Denver por el Comité Kefauver. Por algún tiempo estuvo perdido. Alguien habló de unas vacaciones en Europa, pero un colega lo situó en América del Sur, entretenido en jugar a las revoluciones. Hasta que hace cosa de dos años apareció en Nueva York.

—No oí hablar de él.

—Claro que no. Ahora es un honesto comerciante. Fundó «Murray Incorporated», dedicada a la confección y venta de ropas.

Sentí un escalofrío, que apagué con un buen trago de *whisky*.

—¿En qué consiste el negocio?

—Hugh Graham es un ejemplo. Bill Corvino ha reunido una buena pandilla de facinerosos. Primero empezaron a trabajar en Brooklyn y les resultó la mar de sencillo. Por allí había pequeños fabricantes de ropas que decidieron vender su negocio cuando empezaron a encontrarse con que sus máquinas se averiaban con demasiada frecuencia o con que sus «stocks» de mercancías se incendiaban como por arte de birlibirloque.

—Y todas las fábricas iban a parar a manos de la «Murray Incorporated».

—Sí, Peter. La «Murray» compró a precios de saldo.

—Bill Corvino es un tipo muy listo.

—No sabes cuánto. Siempre se las ha arreglado para que los primos despojados no canten. Para ello tiene un buen servicio de «cierrabocas».

Ralph bebió un trago con delectación. Si ustedes vieses beber a Ralph empezarían a pensar que es cierto eso de que el *whisky* es un néctar.

Prosiguió hablando:

—Al parecer, Corvino empieza a extender sus límites. Lo tenía localizado en el Brooklyn, pero ese Hugh Graham tiene la fábrica en el Queens.

—¿Cómo distribuye el género?

—Empezó respetando a los grandes almacenes y a los detallistas, pero Corvino no es de los que dejan ganar un centavo a nadie. Todo lo quiere para él. De modo que decidió meter mano a los vendedores.

—Alguien le va a meter mano a él.

Dejó el vaso sobre la mesa y me observó atentamente.

—Repíte eso, Peter.

—¿El qué?

—No te hagas el tonto. Estábamos hablando de Bill Corvino. Es tabú, Peter.

Le sonreí enseñando los dientes y él dijo:

—Siempre te he vaticinado un hermoso final, Peter.

—Sí, en la mesa de «La Morgue».

—Exactamente. Estoy esperando el día en que la policía me llame por teléfono para identificar tu cadáver —dio otro suspiro—. Me asombro cuando pienso que han transcurrido tres años desde

que te pusiste a trabajar como detective privado y todavía sigues paseando.

—Te olvidas de las dos veces que me cazaron.

—Tuviste mucha suerte. Te agujerearon ya la piel y la última vez aposté a que no saldrías con vida.

—Basta, Ralph.

—¿Qué efecto le produce a uno sentirse con una bala en el cuerpo?

Me pasé la mano por la cara y contemplé la palma sudorosa. No tengo miedo pero se me anudan las tripas cada vez que recuerdo el infierno que pasé arrastrándome por espacio de dos millas con una bala en los intestinos. Los doctores que me operaron dijeron que había sido un milagro. Quizá lo fuese pero, reptando con aquella bala en la carne, pude llegar al lugar donde se hallaba el bastardo que me la había enviado. Si quieren saber su nombre, pásense por la cuarta galería, nicho 234, del cementerio de Forrest Hill, Lake Success, Florida.

Ralph me cogió el brazo.

—Bill Corvino está demasiado alto.

—Lo haré bajar.

—No, Peter. El nunca desciende un escalón después de trepar.

—Muy bien. Entonces se me ocurre una idea. Yo seré quien suba.

—Seamos sensatos, muchacho. Hasta ahora no ha ocurrido nada inevitable. No tienes porqué buscarle las cosquillas a Corvino. Hugh Graham acudió a ti en busca de ayuda contra Marco Pisano, uno de los lugartenientes de Corvino. Sacaste del apuro a tu cliente y todo quedó como una Seda. Tú mismo dijiste a Graham que por ti había acabado el asunto y te conformaste con ponerle de guardaespaldas a Ross Moller. Como ya dije antes, es la primera vez que oigo que Corvino quiere algo del Queens. Apuesto a que este fallo le hace renunciar a su sueño, al menos de momento. Él ya gana bastante dinero con Brooklyn.

—Dios te oiga, Ralph.

Sonrió meneando la cabeza.

—Así me gusta. Ya tenemos bastantes complicaciones en la vida para que vayamos nosotros a buscarlas —apuró el contenido de su vaso e hizo chasquear la lengua—. Bien, muchacho. Ahora he de

regresar a la cueva. El jefe me está esperando para que le haga la crónica de un «Chusma-Party» al que fui invitado en Long Island.

Se levantó y fue a hacer una señal al mozo.

—Yo pago —le interrumpí.

Se puso otra vez el sombrero, hizo un saludo y echó a andar hacia la puerta moviendo la cabeza de un lado a otro como era su costumbre.

Allá quedé solo pensando en Bill Corvino y en Hugh Graham y en todo lo demás.

Dos *whiskies* más tarde decidí regresar a mi apartamento en el edificio Maryland, calle 170.

—Hola, Sammy —saludé al encargado—. ¿Alguna novedad?

—Todavía no. Hace un rato llamé a la clínica. Mary no tiene ningún dolor. ¿Qué le parece?

—Bueno, todo irá bien.

Fui al ascensor y subí a la tercera planta. Abrí la puerta del departamento y pasé al *living* dando vuelta al conmutador de la luz. Tuve la impresión de que la corriente me pasaba por los dedos, porque me estremecí de la cabeza a los pies. Pero no hubo ningún contacto. La causa era otra.

Allá estaba Ross Moller sentado en un sillón. Apoyaba la cabeza en el respaldo y sus ojos estaban abiertos, fijos en la lámpara central.

Sentí que el corazón se me helaba, como si perdiese hasta la última gota de sangre.

No sé cuánto tiempo invertí en llegar a su lado. Entonces le vi el agujero. Estaba en el centro de su frente.

Cerré los ojos y permanecí un siglo inmóvil. Me di cuenta de que estaba pronunciando su nombre una y otra vez. Yo había matado a aquel muchacho. Él estaba jugando su partida de billar y tuve que ser el bastardo que lo saqué de ella ofreciéndole unos cochinos dólares.

Y Ross Moller debió decir: «No, Peter, no puedo hacer ese trabajo. Ni por un millón lo haría, porque me pueden matar». Pero lo había hecho por treinta dólares, treinta monedas.

Le registré los bolsillos. No; no llevaba nada encima.

Fui a la nevera y me serví una ración de *whisky*. Después de beber un trago fui al dormitorio. Sí; allá estaba la ventana que daba

acceso a la escalerilla da incendios. Por allí habían traído a Ross Moller. La ventana estaba medio abierta. Asomé la cabeza y vi una mancha negra ante mis ojos salpicada por el reflejo del hierro. ¿Por qué buscar huellas en el alféizar o en cualquier otra parte? No las habría. Aquellos hijos de perra trabajaban bien. Habríanse provisto de guantes para trasladar el cadáver hasta el *living*.

Volví otra vez con Ross Moller. Reí como una hiena recordando las palabras de Ralph Javalay. Todo había quedado como una seda. Claro que sí. Aquella bala que ahora Ross tenía en el cerebro iba destinada a mí. Yo estaba vivo gracias al bueno de Ross.

No sé cuánto transcurrió mientras soltaba todas las maldiciones que llevaba dentro.

Finalmente, marqué el número del «Star» y pregunté por Javalay.

—Hola, chico, ¿te encuentras mejor? —Fue lo primero que dijo.

—Lo han hecho, Ralph.

—¿Qué?... ¿Cómo?

—A Ross Moller.

—No es posible.

—Lo trajeron a mi departamento, Visto para ponerle cuatro candelabros.

Se produjo un largo silencio.

—Dime dónde está Corvino, Ralph.

—Lo siento, muchacho...

—¡Maldito seas, Ralph! Suéltalo o te juro que voy a buscarte.

—Serénate, Peter.

—¡Y un cuerno voy a serenarme, Ralph! No lo estaré hasta que Corvino haya pagado. Dime dónde lo puedo encontrar.

—Justamente cuando llegué al periódico me informé de eso. Tú me habías interesado en el asunto. Llamé a su casa.

—¿Dónde?

—En Yonkers.

—Yonkers es muy grande.

—Avenida Odell, 87... Pero no está. Bill Corvino se marchó a Chicago anoche. No regresará hasta dentro de un par de días.

No dije nada en un rato.

—¿Lo oyes, Peter? —prosiguió—. Será mejor que te quedes ahí. En cuanto cuelgues, avisaré a la policía. El asunto corresponde al

capitán Lawrence Leigh. Ya sabes, es mi amigo. Creo que te lo presenté en una ocasión...

Cruzó una idea por mi mente y entonces colgué el teléfono y consulté la guía telefónica. Hugh Graham vivía en Boulevard Bruckner, 182.

Foco después mi convertible corría a más de setenta millas. Ignoré un par de luces del tráfico aprovechando que la calle estaba desierta, di la vuelta al East River y me deslicé por una avenida flanqueada de árboles. A ambos lados se ubicaban los «*bungalows*» particulares con su correspondiente cochera.

Detuvo el coche antes de llegar al número 182 y salí fuera sin quitarme los guantes.

La casa estaba envuelta en la oscuridad, pero encontré abierto el portón del jardín. Llegué hasta el porche. La puerta de la casa también estaba entornada y sólo tuve que empujar.

Encendí un fósforo y me encontré en un vestíbulo. No quise encender otra luz. Aparté unas cortinas y me metí en el *living*.

Hugh Graham estaba tendido en el suelo, justamente en el centro de la estancia, en medio de un charco de sangre.

CAPÍTULO IV

Le habían partido el corazón de un balazo. Debió morir instantáneamente, pero eso era una suposición mía. Seguro que le bastó una décima de segundo para recordar a un tipo llamado Peter Wyler. ¿Y qué habría pensado de él en aquella décima de segundo?

Me clavé las uñas en los muslos. Bien; ya estaba hecho. Habían despachado a los dos, a Hugh Graham y a mi amigo Ross Moller. «Todo o nada. Le toca jugar a usted, señor Wyler».

Claro que me tocaba jugar y muy pronto iban a saber de mí.

Di una vuelta por el apartamento. Era espacioso, bien decorado, buenos muebles. Pero todo estaba en orden. No había una sola silla derribada, ningún armario abierto, ningún cajón fuera de su sitio...

Abandoné el «*bungalow*» y escapé de allí en mi convertible. Sabía a dónde tenía que ir. A una avenida llamada Odell, número 87.

Bill Corvino era todo un personaje y había elegido un hogar de acuerdo con sus posibilidades. A la luz de la luna, vi la mansión en lo alto de la loma, entre las copas de los árboles y para llegar a lo alto había que cruzar por el portón del alto muro y cruzar el espacioso jardín.

A la derecha del portón descubrí un pulsador y lo apreté. En alguna parte, a la derecha, se hizo una luz y más tarde oí pasos que se deslizaban por un camino de grava. Finalmente, llegó el tipo. Era alto, de buena musculatura, cara ancha y nariz muy achatada. Cubríase con camisa floreada cuyos faldones le colgaban por los costados.

—¿Qué quiere? —preguntó después de observarme por entre las rejas.

—He de hablar con el señor Corvino.

—¿Lo citó él?

—Sí.

—¿Quién es usted?

—Jim Dumont. Tengo una fábrica de ropa confeccionada en el Queens. Me informé de que al señor Corvino le interesaba comprar un negocio de esa clase y quiero ofrecérselo.

—Muy bien. Entiéndase con Herbert Caster, edificio Brook, calle 254, Manhattan.

—He de hablar con el señor Corvino.

—No puede hacerlo, compañero. El señor Corvino se marchó.

—¿A dónde?

—A Chicago.

—Eso sí que es extraño.

—¿Por qué es extraño?

—Un amigo me habló de que lo encontraría en casa.

Me observó con los ojos entrecerrados.

—Su amigo le dio un mal soplo. El señor Corvino está en Chicago. Se largó anoche. Hágame caso, compañero. Herbert Caster es su hombre.

Nada podía hacer estando así las cosas, al menos de momento.

—Está bien, amigo —dije—. Gracias por todo.

Media hora más tarde llegué al edificio Brook en Manhattan.



—¿El señor Caster? —pregunté a un encargado de traje verde con galones.

—Hace muchas horas que cerró la oficina.

—Sí, ya lo sé, pero se trata de un asunto urgente. Soy el cuñado del señor Caster disparé al azar.

Me miró unos instantes y entonces descolgó un teléfono y puso una clavija en un agujero.

—¿Señor Caster?... Aquí está su cuñado. Dice que es urgente... Sí, señor Caster.

Colgó y me miró otra vez.

—Séptima planta, departamento 150.

El señor Caster también vivía en una buena choza. Una vez arriba crucé un corredor cuyas paredes estaban decoradas con motivos parisienses. Vi la torre Eiffel, la plaza de la Concordia, el Moulin Rouge, Toulouse-Lautrec. Junto al pintor, estaba la puerta con el número 150. Apreté el botón y me abrió un criado filipino.

—Pase, señor Blyth.

En el *living* no había nadie. Era un *living* estupendo. Los sillones estaban guarnecidos con piel de leopardo y había un bar con taburetes forrados con más piel de leopardo.

—¿Qué va a tomar, señor Blyth? —preguntó el filipino.

—*Whisky*.

Ocupé un sillón con el vaso en la mano y bebí un largo trago. Miré en torno en busca del criado, pero ya se había marchado. Luego abrióse una puerta al fondo.

—¿Cómo estás, Dean? —dijo una voz.

El tipo había empezado a sonreír y se quedó muy serio mirándome. Era un fulano alto, bien parecido, con las sienes plateadas. Se cubría con un *smoking* muy elegante.

—Usted no es Dean —dijo, como si hiciese un gran descubrimiento.

—No, no lo soy.

—Lupino habló de mi cuñado.

—No le de más vueltas, señor Caster. Era yo.

—En tal caso, hará bien en marcharse ahora mismo.

Saqué la «Luger» y los ojos de Caster parecieron hundirse en las órbitas.

—¿Qué va a hacer? —murmuró.

—Eso va a depender de usted.

—No entiendo una palabra —forzó una sonrisa—. Oreo que usted se ha equivocado. Soy Herbert Caster, abogado.

—Y yo Peter Wyler, investigador.

—¿De la oficina del Fiscal?

Lo miré a las pupilas y bebí un trago sin darle respuesta.

Caster rió.

—Le advertí a Glenn Schell que no me gustaban algunos de sus procedimientos.

Glenn Schell era el fiscal del distrito, un muchacho recién llegado que se había tomado en serio la tarea de limpiar de

podredumbre su territorio. Pero debería estar muy decepcionado porque en el año que llevaba al frente de la oficina le habían hecho pegar unos cuantos patinazos. Mi impresión personal era la de que Schell resultaba un tipo demasiado honrado para aquella clase de lucha.

—Bien, señor Wyler —rompió el silencio Caster—. Tengo mi oficina en la segunda planta y me podrá encontrar mañana allí a las ocho. Entonces tendré mucho gusto en recibirle. Ahora tengo prisa. Naturalmente, puede quedarse si quiere, pero cuando haya terminado su *whisky*, no olvide de avisar al criado.

Empezó a cruzar la estancia, camino de la puerta.

—Quédese donde está, Caster. Quédese o le baleo.

Se detuvo bruscamente y volvió la cabeza con el ceño fruncido. Estuvimos observándonos un rato y luego dijo:

—Mañana me tendrá que oír su jefe.

—Ahora yo quiero oírlo a usted —dije.

—No tengo nada que decir.

—Yo le ayudaré un poco, Caster. No se preocupe.

Se miró las tiñas.

—Oiga, Wyler, hágalo corto, ¿quiere? Dentro de un momento vendrán a por mí. No quiero hacerlos esperar. Nunca me ha gustado.

Sacudí la cabeza dando la conformidad.

—¿Qué relación le une con Corvino, Caster?

—Soy su abogado.

—¿Qué más?

—Sólo eso, su asesor jurídico.

—Ya —miré el *whisky* del vaso—. ¿Le asesora usted en las compras que está realizando?

—Desde luego. Este mes compró una residencia en Miami y también creo recordar que adquirió un yate que se vendía a buen precio en Sheepshead Bay —se fue al bar y empezó a prepararse un mejunje.

—¿Qué más compró, Caster?

Miró unos instantes al techo.

—Creo que no hubo más.

—¿No le habló Corvino de que iba a comprar una fábrica de ropa confeccionada en el Queens?

—No.

—El vendedor era Hugh Graham.

—No recuerdo a ningún Hugh Graham.

—¿Y de Marco Pisano? ¿Ha oído hablar?

—Sí. Es un agente de Bill Corvino.

—¿Que es un agente?

—Vamos, señor Wyler —sonrió—, no me defraude. Marco Pisano hace muchas cosas en nombre de Bill Corvino. Compra, vende...

—Y mata.

Iba a beber de su mezcla pero quedó con el vaso en alto mirándome. Finalmente, se decidió a beber el trago.

—Es usted un bromista, señor Wyler, pero a mí, personalmente, no me gustan cierta clase de bromas.

—¿Redacta usted todos los documentos legales de Bill Corvino?

—He dicho antes que era su abogado.

—De modo que redactó también el documento de venta de la fábrica de Hugh Graham.

—Hay cosas que un abogado no hace personalmente. Tengo tres pasantes y cuatro mecanógrafas que se ocupan de los asuntos que no necesitan mi asesoramiento. Cualquiera de ellos habrá redactado ese documento que, al parecer, le interesa a usted tanto.

Aquel pingüino me daba náuseas. Sentí deseos de levantarme y empezar a soltarle leña, pero con ello solo iba a conseguir una cosa: que me encerrasen. Caster era tan invulnerable como si se hubiese metido en un tanque.

—¿Dónde está Corvino, Caster? —pregunté.

—Hace un par de días me dijo que se disponía a marchar a Chicago.

—Pero ¿se fue?...

—Esta mañana hice una llamada a su casa y me respondieron que salió anoche.

—¿Para dónde?

Sonrió doblando la boca.

—Para Chicago.

—Muy bien. Ahora sólo falta que me diga dónde puedo encontrar a Marco Pisano.

Bebió otro trago de su vaso y encogióse de hombros.

—Eso es algo que ignoro, Wyler.

En ese instante sonó un zumbido. El criado filipino brotó de algún lado encaminándose hacia uno de los teléfonos.

—Es de abajo —dijo Caster—. Lo atenderé yo. —Luego habló por el auricular—: Sí. ¿Quién?... Dígale que ahora mismo bajo. Es sólo cuestión de unos minutos —colgó y me miró—. ¿Me permite que suspendamos la entrevista? Ya sabe dónde encontrarme mañana.

Guardé la «Luger» y me encaminé hacia la puerta, pero en el umbral me detuve.

—Quiero decirle algo, Caster.

—Adelante, señor Wyler.

—No pertenezco a la oficina del Fiscal. Soy un detective privado, aunque creo que la explicación huelga, porque usted lo ha sabido desde el primer momento.

Sus músculos faciales se endurecieron y fue a hablar, pero yo hice un gesto interrumpiéndolo.

—La banda de Corvino liquidó esta noche a uno de mis mejores amigos y a un cliente. Si usted está enredado en eso, le juro que le voy a hacer salir la masa encefálica por los oídos.

Di media vuelta y salí del apartamento.

Fui derecho a lo de Chester Harrison, en la calle 57. Había muy poca gente y me senté en un taburete. Una pelirroja y una rubia quisieron pegar la hebra, pero las mandé a paseo. No estaba yo para fiestas.

Eran las once de la noche cuando vi entrar a Ralph Javalay. Su rostro tenía expresión de cansancio.

Se sentó en el taburete vecino.

—Te he estado buscando en una docena de sitios.

Encendí un cigarrillo y Ralph agregó:

—La policía se ha ocupado de todo y ya sabes qué quiero decir. Desde tu apartamento nos fuimos al «*bungalow...*» de Hugh Graham. Ha sido criminal, Peter, pero ya verás cómo llevan su merecido. El capitán Leigh es un hombre eficiente.

Me pasé una mano por la cara.

—¿A quién quieres engañar, Ralph? Estoy convencido de que el capitán Leigh es un tipo honrado porque ha dado buenas pruebas de ello, pero, tal como están las cosas, él no podrá nada contra

Corvino. Ese hijo de perra se largó a Chicago y el trabajo lo hicieron unos matones y da la casualidad de que ellos tendrían coartadas a prueba de bomba... No, Ralph. Ése no es el camino.

—Si, Ralph. Es asunto mío.

—Te levantarán la tapa de los sesos.

—Que lo intenten. Anda, dilo en tu columna, di a todos esos bastardos que Peter Wyler los va a buscar uno a uno, que no descansará hasta tenerlos frente a su pistola y que si ello llega a ocurrir, no les valdrán para nada sus coartadas, sus abogados, ni sus testigos falsos... ¡Dilo con letras grandes, Ralph!

Dejé unos cuantos billetes sobre el mostrador y salté del taburete.

—El capitán Leigh quiere verte.

—Cuéntale todo lo que sé del asunto.

—Ya se lo conté, y a pesar de ello quiere verte.

—Pasaré un día de éstos por su despacho.

—Ha de ser ahora, Peter.

Le escupí una sonrisa sarcástica.

—¿Para qué tengo que molestarlo? Debe estar demasiado ocupado con sus redadas, interrogando a todas las personas que supuestamente han podido matar a Ross Moller y a Hugh Graham. No puedo hacer nada por él, Ralph, díselo también.

Salí del bar y me metí en el coche.

Cuando me deslizaba por la acera vi a Javalay en la puerta del establecimiento mirándome con cara triste. Quizá me estaba dando el último adiós.

Me fui al hotel Utrech donde tengo por costumbre recalar cuando la prudencia me aconseja no ir a mi departamento.

El gordo de Tom Bignill estaba sentado en su mecedora, como siempre. Dejó a un lado la novela policíaca que estaba leyendo y me miró mientras yo firmaba en la hoja del registro con el nombre de Spencer Baldwin.

—Es la tercera vez que viene en los últimos cuatro meses —dijo.

Señalé silenciosamente el tablero donde estaban las llaves.

—El 18 está libre —dijo.

Alcancé la llave y me dirigí hacia la escalera.

—Peter.

—¿Sí? —dije, volviendo la cabeza.

—¿Por qué has de vivir a la gresca? Conozco unos cuantos detectives privados que no necesitan jugarse la vida, y viven como reyes.

—Sírreme ese consejo dentro de un par de semanas.

Me encerré en la habitación y caminé hasta la ventana para abrirla. Luego quedé allí en pie, fumando un cigarrillo.

Otra vez empecé a pensar en lo que había pasado desde que Hugh Graham se llegó a mi despacho.

De pronto la puerta crujió con un chasquido.

Me volví rápidamente, llevando la mano al bolsillo de la chaqueta. Pero en esto una voz dijo:

—¡Quieto o te abraso!

Allá había dos hombres, y, el último que entró cerró la puerta.

Los dos tenían un arma en la mano.

CAPÍTULO V

Uno era alto, delgado, de ojos muy negros y el otro de talla regular, rubio.

El alto dijo:

—Echate atrás, Wyler.

Detrás de mí estaba la ventana y acepté la orden mientras observaba sus caras. Entonces lo tuve claro. Me iban a freír allí mismo. Eran pistoleros de tres al cuarto, perros rabiosos que le daban gusto al dedo por el placer de matar. Habían elegido bien a la pareja. Nada de perder el tiempo llevándome a un callejón.

Vi cómo los ojos del bajito iban hacia la almohada. Naturalmente, la iban a utilizar para acallar los estampidos. Pensé que Tom Bignill no los habría dejado pasar a ningún precio y eso sólo quería decir una cosa; que habían entrado por la puerta trasera o que sabían que iría a parar al hotel Utrech y me estaban esperando.

El rubio dio la vuelta a la cama acercándose a la cabecera.

Apoyé los cuartos traseros en el alféizar. Era una probabilidad entre mil pero debía arriesgarme.

Me impulsé hacia atrás sobre los dedos de los pies y di una voltereta colándome por el hueco de la ventana.

Mi oreja golpeó contra uno de los barrotes de la escalerilla de incendios y miré hacia abajo tropezando contra los peldaños. Por un momento pensé que me rompería una docena de huesos antes de llegar abajo y que, una vez allí, soltaría mi último suspiro. Cerré las manos instintivamente cuando choqué otra vez contra el hierro y logré aferrarme a los barrotes.

Oí la voz del alto por encima.

—¡Tírale ya, Budd!

A mi izquierda había una ventana abierta, y sin titubear me arrojé de cabeza por el hueco cuando sonaba el estampido.

El proyectil me quemó la pantorrilla y luego terminé de volar y estrellé la cara contra el suelo.

Una mujer despertó sobresaltada.

—¿Quién hay ahí?

Le presté más atención a lo que decía Budd desde mi cuarto.

—Ya está listo, muchacho. Le metí un plomo en la columna vertebral. Ahueca.

Quedé inmóvil y en eso se hizo la luz en la estancia. No me moví una pulgada y entonces un alarido rasgó la atmósfera. Era justo lo que yo necesitaba, que una mujer gritase para que aquellos dos hijos de perra creyesen que me habían ultimado.

Otra vez oí su respiración agitada y seguí quieto, dando tiempo a la pareja de buitres para que saliesen de mi cuarto. Finalmente me di la vuelta.

Entonces la mujer lanzó otro grito.

Había saltado del lecho y se estaba poniendo un batín, que ahora acertó a cerrar anudándolo con el cinturón. Podía tener veintidós o veintitrés años, y era muy esbelta, morena, de rostro sensitivo, muy bello.

—No se asuste. No estoy muerto.

—¿Cómo ha entrado aquí?

—Por la ventana.

Era una gran novedad para ella, porque se puso a mirar por el hueco.

—Huye de la policía, ¿verdad?

—Todavía no. Sólo eran dos tipos que quisieron entretenerse conmigo. Mi nombre es Peter Wyler.

En ese instante empezaron a llamar a la puerta.

—Abra, señorita Penn.

Era Tom Bignill. La joven me miró.

—¿Qué va a hacer usted?

—No tengo más remedio que dejar que me asen.

—Entre en el cuarto de al lado. Les diré que usted no está aquí, que se marchó. ¡Corra, dese prisa!

No sé por qué lo hice, pero me metí donde ella me indicaba, Sólo tuve que abrir unas cortinas, y cerrarlas. Entonces abrió la

puerta.

—¿Qué quiere, señor Bignill?

—¿Qué ha pasado?

—¿Ha pasado algo?

—Usted gritó y oí un estampido.

—Fue justamente lo que a mí me despertó.

—¿Dónde dispararon? Quiero decir, ¿de dónde vino el estampido?

—De arriba, señor Bignill.

—¡Santo cielo!

Tom Bignill empezó a subir la escalera jadeante y, mientras tanto, debió prepararse para encontrar mi cadáver en la habitación número dieciocho.

Salí fuera cuando la joven cerraba la puerta.

Nos miramos a los ojos.

—¿Cuál es tu nombre?

—Audrey.

—Gracias, Audrey.

—Ahora tendrás que marcharte.

—Sí, creo que será lo mejor.

Me encaminé hacia la puerta y de pronto ella carraspeó.

—¿Sí, Audrey? —dije.

—Estaba pensando en que pudieran estar esperándote.

—Es posible.

—Puedes quedarte un rato más si quieres.

—No, creo que me he de marchar. Sería comprometido para ti que permaneciese un minuto más en tu cuarto.

Ella se mordió el labio inferior, sin dar respuesta.

Puse la mano en el tirador.

—Me gustaría volver a verte, Audrey.

—Trabajo en el restaurante de Luke Marini, en la calle Ciento setenta y cuatro.

Hice un gesto con la cabeza y salí fuera.

En aquel instante, Tom Bignill estaba bajando la escalera muy aprisa, chorreándole el sudor por el cuello y de pronto se quedó inmóvil mirándome con ojos desorbitados.

—¡Maldita sea!... ¡Estás vivo!

—¿Lo sientes, Tom?

—Y un cuerno lo siento, pero me has pegado un buen susto.
¿Quiénes fueron?

Le di la descripción de los dos tipos.

—¡Puercos del infierno!... Llegaron una media hora antes que tú y alquilaron dos habitaciones contiguas del segundo piso. Nunca los había visto hasta hoy, pero tengo sus nombres en el registro.

—No sirve, Tom. Son falsos.

—Muy bien. Avisaremos a la policía.

—No, Tom. Estate quieto. No adelantarías nada y sería buscarte la ruina.

Sacó el pañuelo y se enjugó la cara.

—Lo malo es que tienes razón.

—Me marchó ahora mismo.

—No les tengo miedo. Puedes quedarte, Peter.

Le palmeé un brazo.

—Gracias. Sé que lo dices de corazón, pero ahora saben dónde encontrarme y eso es muy malo para mí.

Salí a la calle y fui adonde había estacionado mi convertible y empecé a alejarme de aquel lugar.

Al cabo de unos minutos miré por el espejo retrovisor. Entonces ya no tuve ninguna duda. Un coche me estaba siguiendo.

Me dirigí hacia Union City, pasando por el túnel de Lincoln y luego tiré a la izquierda por la orilla del Hudson. Saqué la «Luger» y la dejé descansar en el asiento. Veía los dos focos del coche perseguidor, deseando para mis adentros que se acercasen.

¡Ahora!

Me iban a pasar por la izquierda y yo me preparé para la maniobra.

El morro del sedán apareció por detrás y luego corrió para ponerse a mi altura. Vi asomar por la ventanilla una de las metralletas y entonces doblé bruscamente el volante hacia ellos.

Las dos carrocerías crujieron cuando entraron en colisión y llegué a oír los estampidos, pero las balas debieron pasar muy lejos, porque el tipo había perdido toda su puntería al salir lanzado para cualquier lugar del coche. Luego, me enderecé otra vez sobre el volante.

Los dos coches corrían pegados, entre crujidos de los ejes y chirridos de los neumáticos...

Apoyé la «Luger» en mi brazo e hice dos disparos sobre la ventanilla del otro coche.

Un grito de muerte me indicó que había acertado una de las postas.

El sedán negro se apartó del mío adquiriendo una dirección extraña, hacia el borde de la pista. Tuvieron mala suerte, porque justamente allí había un terraplén. El coche estrelló el morro contra el cemento y se levantó brutalmente dando una voltereta, ya salido de la pista, y se aplastó contra el suelo.

Aparté los ojos de aquel lugar porque mi coche zigzagueaba como un condenado y en uno de los coletazos tuve la impresión de que yo también me iba contra el terraplén. Logré dominar la dirección y, finalmente, frené en seco y salté con la «Luger» por delante.

El sedán se había incendiado.

Al llegar junto al terraplén vi salir del coche una figura envuelta en llamas. Era el alto, y estaba convertido en una antorcha. El tipo se retorció haciendo movimientos extraños con los brazos y las piernas, tocándose la cabeza. Llegó a dar hasta tres pasos y luego se derrumbó en el suelo. Yo no podía hacer nada por él. Salté al terraplén y casi tropecé con el rubio. Estaba en el suelo muy quieto, de bruces. Se había librado del fuego, pero no le sirvió de nada. Tenía la mejilla apoyada en la hierba y sus ojos estaban muy abiertos, y por entre los dientes se le escapaba un hilillo de sangre. Estaba desnucado, roto como un muñeco.

El alto ya había dejado de moverse. Cuando me acerqué por la parte de la ventanilla descubrí en el asiento delantero a un tercer tipo, al que también envolvían las llamas. Para él no había existido la agonía porque el volante estaba empotrado en su pecho.

No había nadie más.

Bien; aquella parte del juego había terminado.

Di la vuelta sobre dos ruedas y regresé a Nueva York City utilizando esta vez el túnel Holland, para lo cual tuve que hacer una larga carrera por la calle Washington hasta Hoboken.

Empezaba a clarear el día cuando estacioné el coche en China Town.

Estaba cansado y dolido.

Por fortuna uno tiene amigos en todas partes y allá estaba el

polaco Kerensky con su restaurante para ofrecerme una habitación. A las siete de la mañana cerré los ojos y enseguida quedé dormido.

Oí las protestas de Kerensky.

—Se lo juro, capitán. Mi casa es la más honrada de China Town... Puede preguntar dónde quiera... He colaborado con la policía... Siempre he dicho que las leyes se hacen para que sean respetadas...

Acababa de peinarme frente al espejo y observé las manillas del reloj. Eran las once. Aquellas horas de sueño me habían servido de mucho.

Incrustaron la llave en la cerradura desde el corredor y abrióse la puerta dando paso al capitán Lawrence Leigh, al que seguían el sargento David Ferrer y el agente Parker.

El capitán tendría unos cuarenta y cinco años y le quedaba muy poco pelo. Todo lo más, veinticuatro o veinticinco cabellos. Tenía una frente llena de arrugas y una nariz un poco torcida. Me gustaba quemarle la sangre y él lo sabía.

Se me quedó mirando como un perro de presa un segundo antes de dar el salto.

—Hola, Wyler.

—¿Cómo le va, capitán?

—La mar de bien.

—Lo celebro.

Me puse la chaqueta tranquilamente. Para ese momento el corazón de Leigh debería estar bombeando sangre hacia el cerebro y eso era muy malo para él.

—¡Wyler! —gritó.

Me volví tironeándome del nudo de la corbata.

—¿Me llamaba, capitán?

—¡Le voy a acusar de asesinato!

—Enhorabuena. Cada día es usted más listo. En el Departamento deben estar muy orgullosos de usted.

Aposté a que ahora se formaría ante sus ojos una nube roja. Inspiró profundamente y vi cómo se le dilataban las aletas de su nariz.

—Encontramos un cadáver en su apartamento. Era un hombre al que usted conocía.

Hubiese querido hacer un chiste, pero se trataba de Ross Moller

y había jurado desparramarles los sesos a los tipos que lo habían enviado a la Morgue.

Saqué un cigarrillo y me lo puse en los labios.

El agente Parker me soltó un manotazo y el cigarrillo vino a chocar violentamente contra la puerta.

—¡Parker! —exclamó el capitán, en tono de reconvención.

El agente observó unos segundos a su superior, luego a mí, y finalmente, retrocedió hacia la puerta.

Saqué otro cigarrillo y lo encendí.

—¿Qué es lo que quiere, capitán? —Rompí el silencio—. Dígalo pronto.

—Quiero encerrarle hasta que todo esté aclarado. Anoche se cargó a tres tipos al norte de Union City.

—¿Yo, capitán?... No sé nada de eso.

Se le hinchó una venilla en la sien.

—Oiga, Wyler. Es casi seguro que los hombres que murieron al borde de la carretera fuesen los asesinos de Ross Moller.

—Sí, cualquiera de ellos pudo ser el que le metió el plomo en la cabeza.

—Los tres tenían un buen prontuario. Budd Karmat, un húngaro que ha estado más tiempo dentro de la cárcel que fuera; Norten Smith, un fulano de Denver, acusado de tres homicidios y una docena de robos; el del volante era Coss Sea, un chico muy activo que lo mismo conducía el coche de unos salteadores que el de unos fugados de presidio. Ha hecho un buen trabajo y ahora debe estarse quieto.

Me senté a horcajadas en una silla mirando al capitán.

—Muy bien, Leigh —dije—. Voy a suponer por un momento que esos tres tipos fueron los que liquidaron a Ross y a Graham. ¿Cree sinceramente que con su muerte ha quedado arreglado todo?

Fue a responder pero quedó unos segundos con la boca abierta y luego la cerró.

—No consiento que usted haga las preguntas, Wyler.

—Usted sabe que esos matones no significan nada en el caso. Usted sabe tan bien como yo que ellos solamente eran unas lagartijas domesticadas, que sólo salían de su madriguera a la voz de mando. Podrían caer otra docena como ellos y el asunto no habría cambiado. Es al amo de esos tipejos a quien hay que cazar.

El rostro del capitán se estaba encendiendo.

—Yo los cazaré, Wyler.

—¿Cómo y cuándo?

—Le he dicho que...

—Sí, capitán. Yo no puedo hacer preguntas —me levanté de la silla—. Acabó la entrevista.

—¿Se va a apartar del negocio, Wyler?

Fui hasta la ventana que daba a un patio y me froté el cogote. Si el capitán esperaba que yo le hiciese una promesa, podríamos estar allí todo el día.

—Escuche, Wyler. Hay personas en al Departamento que están deseando pillarle en falta para darle un buen escarmiento.

—¿Cree que lo ignoro, capitán?

—Me temo que la oportunidad que ellos esperaban se ha presentado ya.

—Muy bien. Que me retiren la licencia y me prohíban portar armas.

—No se conforman con eso.

—¿Y qué puedo hacer yo, capitán?

Leigh se frotó la mejilla en un gesto de exasperación.

—Admiro su sangre fría, Wyler. Comprendo que si hubiese unos cuantos tipos como usted no tendríamos que sufrir muchas cosas en nuestra ciudad ni en nuestro país. La Ley se ha hecho para todos y usted debe respetarla. Camine recto, Wyler. Es la última vez que le aviso. Sálgase de la raya y le juro que seré el primero en caer sobre usted.

—Gracias, capitán.

Leigh me observó unos instantes y por último dio media vuelta al tiempo que hacía un gesto con la cabeza.

Salió del apartamento seguido del agente y del sargento, y quedé otra vez solo. Al cabo de un rato, Kerensky asomó la cabeza. Era un tipo de corta talla y bigote que le cubría la boca.

—Todo salió bien, ¿eh, Peter?

—De primera, viejo.

Me enseñó un diario que tenía en la mano, diciendo:

—En seguida supuse que estaba relacionado con esto.

Le cogí el diario y me lo eché a la cara. No; la crónica no había sido firmada por Ralph Javalay, sino por un tal Luke Neck, un

bastardo que siempre tenía la bandera levantada y que se alquilaría con el mismo diablo. Citaba mi nombre como sospechoso de la muerte de Ross y también daba a entender que yo podría haber asesinado a Hugh Graham. Siempre había sabido que Luke Neck sentía el mismo cariño por mí que por una serpiente de cascabel, pero hasta ahora no tuvo oportunidad de demostrarlo. Había hecho famoso su nombre en relación con un par de casos criminales y era la primera vez que él me podía hincar el diente. No había desaprovechado la ocasión. Leí un trozo de buena literatura:

«Individuos como Peter Wyler deben ser apartados totalmente de nuestra sociedad. Son tipos que creen todavía estar en la jungla y que por ello deben imponer su propia ley. La del más fuerte, una ley basada en el cachiporrazo, el asesinato a mansalva, en la venganza llevada a sus peores límites. Tipos como Peter Wyler deben ser exterminados si no queremos que nuestra civilización peligre».

Ése era yo. Un enemigo público número uno, alguien a quien se debería pisar como a un escarabajo.

Presté atención a otra noticia. Hugh Graham tenía una sobrina, Vicky, de veintitrés años, a quien, según el testamento de su tío, correspondía el negocio. El puerco de Luke Neck ya la había entrevistado y la señorita Vicky Graham había dicho que ella no entendía de ropa confeccionada y que su idea era vender la fábrica.

Busqué una fotografía de la muchacha, pero no había ninguna.

Devolví el diario a Kerensky y él rezongó:

—Siento que digan eso de usted. No se lo merece, Peter. Ese periodista no le debe conocer.

—Me conoce, Leo.

Puso una cara de asombro.

—Entonces debe ser una mala persona. Seguro que lo es.

Kerensky no falla una sola vez cuando se decide a opinar sobre un semejante.

Eran poco más de las doce cuando estacioné mi coche frente a la fábrica de ropa confeccionada que había pertenecido a Hugh

Graham.

En el vestíbulo me interrumpió el paso un individuo que seguramente estaba allí para despachar a los periodistas.

—Lo siento, caballero —dijo—. No puede pasar.

Saqué mi tarjeta comercial y se la alargué. Mientras él ponía cara de asombro leyendo su contenido, me metí en la caja del ascensor y apreté el botón correspondiente. Una vez arriba empujé la puerta donde estaban las cuatro monadas.

Probablemente fui lo más sensacional que había pasado por allí desde que se pusieron a trabajar. Las cuatro me miraron con sorpresa y, cuando me detuve ante la rubia, ella seguía asombrada.

—Hola, chica —dije—. ¿Alguna novedad?

Respiró dos veces antes de contestar:

—Vino la señorita Graham, pero le aconsejo que no intente verla. Dijo cosas terribles de usted.

Eché a andar hacia el despacho.

—¡Señor Wyler! —protestó yendo detrás de mí.

Giré junto a la puerta y tomé la barbilla de la rubia. Su piel era suave.

—No se excite, pequeña. No vale la pena. Todo irá bien —aquí le guiñé un ojo.

Entré en el despacho y cerré. Había una mujer de espaldas mirando por el ventanal. Estaba con los dos brazos en jarras y las piernas ligeramente abiertas. En otra mujer, aquella posición habría sido un desastre, pero en la morena resultaba bonito porque era muy esbelta.

Sin volver la cabeza dijo:

—Le dictaré un par de cartas, señorita Hillory.

No le dije nada y ocupé un sillón.

—Empiece —dijo—. La primera va destinada a Henry Mac Laine, avenida Montgomery, tres... tres... dos, Jersey City —hizo una pausa—. Querido Henry: De la noche a la mañana ha muerto mi tío, dejándome heredera de su negocio. Es muy probable que lo venda, ya que de estas cosas no entiendo una palabra. ¿Puedes venir a verme esta noche?

Entonces dio media vuelta y me vio por primera vez. Sus cejas se enarcaron y su boca compuso un hociquito. Era un sol de criatura, y ella procuraba dar realce a todo lo que poseía, que no era poco.

—¿Desde cuándo está ahí? —inquirió.

—Desde que entré.

Sus ojos despidieron chispas y esto fue un efecto precioso, porque sus ojos eran grandes y tan negros como su cabello.

—Debió hacer notar su presencia.

—Lo habría hecho después de dictarme su segunda carta. Hágalo ahora y quedaremos a la par.

Respiró con ganas y eso fue algo digno de veras.

—Me imagino quién es usted.

—Le puedo garantizar que no soy el cobrador de la luz...

—No me hacen ninguna gracia sus chistes.

—No vine a hacerla reír, señorita Graham.

—Será mejor que salga de aquí cuanto antes.

Meneé la cabeza mientras chasqueaba la lengua.

—¿Sabe que le puedo hacer falta?

—¿Usted a mí...?

—No lo digo en el sentido que usted quiere.

Era más de lo que ella podía soportar y alargó el brazo señalándome la puerta con el índice.

—Márchese.

Le contesté muy tranquilo:

—A su tío lo liquidaron porque no quiso vender el negocio al precio que ellos querían. Quizá no sepa usted eso, señorita Graham. Acaba de decirle a ese tipo llamado Henry Mac Laine que se dispone a vender el negocio. Bill Corvino quería comprarle a su tío la fábrica por treinta mil dólares. El valor real son cien mil dólares.

Bajó el brazo y se me quedó mirando fijamente.

—De modo que por eso lo contrató mi tío...

—Un representante de Corvino le hizo una visita para amenazarlo. Su tío cobró miedo y vino a mi despacho para que yo lo sacase del apuro. Me enfrenté con los matones y gané el primer *round*, pero luego tomaron el desquite.

—Su gestión no resultó muy airosa, señor Wyler.

—Admito que me confié un poco. No pensé que los tipos llegarían tan lejos. Ese Corvino ha demostrado ser un estúpido.

—¿Por qué?

—Matar a su tío fue como matar la gallina de los huevos de oro. Ahora Corvino está en una situación muy difícil para comprar el

negocio, aunque, naturalmente, eso resulta bueno para usted, porque puede vender a otra persona que, indudablemente, le dará más de treinta mil dólares.

En la habitación sobrevino una pausa, que rompió la hermosa joven.

—¿Sólo ha venido para decirme eso, señor Wyler?

—Quería conocerla y saber personalmente qué es lo que va a hacer.

—Me temo que eso no es de su incumbencia.

—Leí en los diarios que usted iba a vender y ahora he comprobado que la noticia era cierta.

—¿Tiene algún inconveniente?

—Ninguno.

—Es usted muy amable, señor Wyler —dijo con sorna:

—Me gustaría saber el nombre del comprador.

—No lo tengo todavía.

—Quiero advertirla de un peligro, señorita Graham.

—¿Supone que me van a matar también a mí?

—No, no lo creo. Corvino ya cometió un fallo, pero estoy seguro de que no lo repetirá.

—¿A qué peligro se refiere entonces?

—Es muy sencillo. Si Corvino se vale de otra persona para comprar su negocio, la fábrica siempre irá a parar a Corvino.

—¿Y cómo puedo evitarlo yo?

—Contratándome.

Sonrió por primera vez.

—Es usted muy hábil, señor Wyler.

—Me quedé sin cliente al morir su tío.

—¿Cuánto le cobró a él?

—Le hablé de cuarenta dólares diarios más los gastos, pero después que le quité de encima a los gorilas, di por acabado el asunto y me despedí. Su tío me largó un billete de a cien.

—No me interesa pagarle a usted cuarenta dólares diarios. Resultaría caro.

—Mis honorarios incluirían otra clase de servicios.

—¿Cuáles?

—Yo le informaría acerca de los compradores para evitar que fuesen testaferros de Corvino y, al propio tiempo, haría pagar a

Corvino el asesinato de su tío.

Esperé a que ella dijese algo pero no lo hizo. Entonces agregué:

—Me da la impresión de que usted no quería mucho a su tío Hugh, pero debe recordar lo que le va a decir a Mac Laine en su carta. Gracias a Hugh Graham, usted se encuentra de la noche a la mañana con un negocio que puede transformar en dinero en cuanto quiera. Usted tiene contraídas con su tío ciertas obligaciones morales que se concretan así: evitar que la fábrica caiga en manos de sus asesinos y conseguir que la justicia los capture, para que les sea impuesto el castigo que merecen.

La joven dio unos pasos alrededor de la mesa. Por último, se detuvo junto a un sillón, sobre cuyo respaldo empezó a trazar con el dedo dibujos invisibles.

—Está bien, señor Wyler —dijo—. Queda contratado.

—Corriente.

—No vaya tan deprisa. Le impongo una condición. Yo seré cliente de usted mientras sea dueña de la fábrica. Si mañana vendo, todo habrá acabado. Quiero decir que hasta entonces tiene de plazo para echar mano a los asesinos de mi tío.

—A Bill Corvino —dije.

—Sí, a Bill Corvino.

Me puse en pie y di unos pasos hacia ella.

—¿Qué va a hacer para vender, Vicky?

—Hoy mismo comisionaré a un agente de Bienes Raíces. Su nombre es Norman Lee y tiene las oficinas en el edificio Sparkings, calle Ciento setenta.

—Muy bien. Me pondré en contacto con él cuando quiera saber algo acerca de los compradores. Si ocurre alguna novedad llámeme a ese número —le dejé sobre la mesa una de mis tarjetas—. Sólo falta que me diga su domicilio particular, señorita Graham.

Me lo dio. Era en la avenida Lenox. Un estupendo lugar.

Le hice un saludo con la mano y abandoné el despacho.

Caminé hacia la salida. La rubia estaba tecleando y alzó los ojos para mirarme, pero esta vez no me sacó la lengua.

CAPÍTULO VI

Encontré a Bing Baton en su agujero de siempre, en casa de un italiano llamado Martinelli.

El propio. Martinelli me había abierto la puerta y ninguno de nosotros cambió un saludo.

Me dirigí resueltamente hacia la habitación donde estaba entablada la partida de póker.

—Hola, muchachos —dije a los cuatro tipos que había alrededor de la mesa.

Ninguno me contestó. Estaban muy bien educados. Martinelli ocupó la silla que había dejado libre para abrirme. Además de él y de Baton, estaban Joe «Sacamuelas», Tito «El Murciélago» y Roland «El Posturas».

Le tocaba repartir a Bing. Barajó concienzudamente y luego empezó a dar los naipes, uno a uno. Éste era el único procedimiento admitido entre la pandilla para evitar que se hiciesen trampas. Cualquiera de ellos sabía cien formas diferentes de prepararse un buen juego repartiendo los naipes en grupos.

Encendí un cigarrillo y lo consumí hasta la mitad, observando el juego.

Tal como yo esperaba, Martinelli se estaba haciendo con el dinero de los demás.

El primero en quedarse sin blanca fue «El Murciélago». Se levantó de malhumor, pegó una patada a la silla y se largó soltando maldiciones.

La segunda víctima fue Bing Baton. Martinelli le dijo:

—Puedo darte crédito hasta diez dólares.

—No, gracias.

Se puso en pie y se acercó a mí.

—Hola, Peter.

—Quisiera hablar contigo, Bing.

—No, muchacho.

—¿Por qué no?

—Estás marcado.

Me reí en su cara y él entonces dio media vuelta y se marchó. Fui tras sus talones y empezamos a bajar la escalera juntos. Al llegar al primer descansillo lo sujeté por un hombro.

—Párate, Bing.

—No quiero saber nada de ti, Peter.

Saqué un manojo de billetes y aparté cuatro de a cinco.

—Veinte pavos para ti —dije.

Se pasó la lengua por los labios, observando el dinero, y de pronto dio un tirón apartándose y siguió descendiendo.

Lo alcancé de nuevo abajo, en la puerta de la calle.

—Treinta, Bing —dije, agregando otros cinco.

—Vete de mi lado, Peter.

Fue a abrir para salir a la calle y entonces le cargué con el hombro y lo envié contra la pared.

—Te necesito, Bing.

—¿Quieres que me liquiden como a Ross Moller?

—Esta vez les cobraré ventaja.

—Y un cuerno. Estoy harto de oír eso. Te agarrarán, Peter. Si yo estuviese en tu pellejo, me habría largado, al Oeste.

—Las noticias corren mucho por estos barrios.

—Déjate de historias. Sólo tuvimos que tener en cuenta lo que pasó en la carretera al norte de Union City. No debiste hacerlo, Peter.

—¿Qué culpa tengo yo si el coche de ellos se salió de la carretera y dio una vuelta de campana?

Resultaba jocoso eso de que tuviese que dar explicaciones por la muerte de aquellos tres tipejos. Ellos me habían seguido para enviarme al infierno con sus metrallas. Luchamos de zorro a zorro y yo gané.

Bing rumió unas cuantas cosas por lo bajo.

—¿Qué quieres saber? —dijo.

—Quiero hablar con Mario Pisano.

Nada más oír el nombre se lanzó contra la puerta, consiguiendo

abrirla, pero yo tenía mi pie allí para impedir que huyese.

—Déjame, Peter —gimió—. Por lo que más quieras. No quiero saber nada de ése lió.

—Hay cien personas que me lo podrían decir, Bing.

—Muy bien. Dirígete a cualquiera de ellas.

—Puedes estar tranquilo. No soltaré prenda si las cosas se ponen feas —hice una pausa—. Y siguen siendo treinta dólares. Seguro que nunca los has ganado tan fácilmente.

—¿Por qué me ha de pasar a mí? —lloriqueó, dando una vuelta sobre sí mismo.

Finalmente se me enfrentó y, alargando el brazo, apoderóse de los treinta «machacantes».

—«La Rosa Negra».

—¿Dónde está eso?

—En Brighton Beach, Bulevar Oriental.

Recordé que eso quedaba muy cerca de Sheepshead Bay, el lugar donde, según el abogado Caster, Bill Corvino había comprado un yate a buen precio.

Bing intentó salir otra vez, pero lo agarré del cuello de la chaqueta y le hice golpear las espaldas contra la pared. Me miró haciendo una mueca.

—¿Qué te pasa? Ya te lo he dicho.

—Me gustaría que no me engañases, Bing.

—No, Peter. Nunca lo he hecho.

—Pero a lo mejor ha pasado ahora la mala idea por tu cabeza. Quizá has pensado que estoy en las últimas.

—Marco Pisano está donde te he dicho, pero yo no sé nada.

Lo dejé libre y abrió la puerta, rogándome:

—No salgas detrás de mí. Espera un par de minutos, Peter.

Le concedí los dos minutos de ventaja y salí, encaminándome al callejón donde había dejado estacionado el convertible.

Me detuve de pronto al ver a dos tipos que estaban junto a la proa del coche, con las manos en los bolsillos.

Los dos se me quedaron mirando y no me gustó lo que leí en sus ojos. Uno tendría veinticuatro años y el otro era más joven. Se cubrían con pantalones de vaquero y camisas floreadas. Ambos poseían buena musculatura y eran altos.

Bajé de la acera para entrar en el coche por el lado opuesto al

que es normal, pero entonces el tipo más delgado dio un salto apoyándose en el guardabarros delantero y de esa forma quedó interceptándome el camino. Me detuve.

—¿Qué les pasa, compañeros? —pregunté.

—Hice una apuesta con mi amigo Tommy —el muchacho señaló a su compañero—. Tommy dice que este carro no es capaz de llegar a los ciento cincuenta. Yo digo que sí. Cerca de aquí está la carretera del Este. Usted nos lleva allá y lo probaremos —el tipo mostraba una pequeña cicatriz en la sien.

—Otro día —dije.

Hubo una pausa.

—Ha de ser ahora, míster —retrucó.

—Tengo mucha prisa, chicos, y el trabajo es antes que la diversión.

—A usted le conviene obedecer, míster.

—¿Qué pasaría si no obedeciese?

Empezó a cerrar y abrir las manos.

—Tommy y yo no sostuvimos hoy ninguna pelea. Se nos endurecieron los músculos y hemos de darles flexibilidad.

—¡Fuera! —grité.

Sabía que con ello no adelantaría nada, pero era mejor terminar de una vez.

Tommy dio la vuelta a la popa del coche y de esa forma me pillaron en medio.

El de la cicatriz atacó primero. Lo hizo alocadamente, tratando de cazarme la mandíbula de buenas a primeras. Lo burlé un par de veces, sintiendo silbar sus puños cerca de mi cara. Luego di un salto hacia él y le machaqué el hígado. Quedóse inmóvil, encorvado, y de su cara desapareció todo el color y su cuerpo se estremeció mientras daba arcadas. Le casqué el mentón no con demasiada fuerza y el tipo voló a la acere y allí quedó despatarrado.

Oí un ruido y al volver la cabeza vi a Tommy con una navaja de resorte en la diestra. El acero brilló al sol.

—No ha debido hacer eso a Johnny, míster.

Me fijé en su cara. El labio inferior le colgaba babeante. Me dio la impresión de que era un retrasado mental o quizá se tratase de un esquizofrénico.

Avanzó sobre mí con las piernas abiertas, apretando la

empuñadura de la navaja.

Retrocedí un paso.

—Guarda eso, Tommy.

—Sí, míster. Lo voy a guardar en su estómago.

Era un tipo simpático, con simpáticas intenciones.

Ensayó un golpe en el aire. Quizá lo hacía siempre para meter miedo a sus víctimas.

Podía haber sacado la «Luger», pero eso exigía un movimiento de mi brazo que hubiese dejado al descubierto parte de mi cuerpo y probablemente aquel tipo sólo necesitaba una décima de segundo para hundir el cuchillo en la carne.

Movió la pierna derecha y luego la izquierda como si se balancease, y después arrojóse sobre mí apuntándome con la navaja al riñón.

Me puse de puntillas encogiéndome todo el cuerpo. Al propio tiempo miraba hacia abajo y vi cómo la hoja avanzaba rauda sobre mi cuerpo. Entonces bajé la mano izquierda con todas mis fuerzas.

Los huesos de la muñeca armada de Tommy crujieron al golpe. Se quedó como electrizado y luego observé cómo sus dedos se abrían y el cuchillo caía al suelo.

Pegué una patada al arma, enviándola a quince yardas de distancia.

Tommy tenía los ojos llenos de lágrimas y se estaba sujetando el brazo.

—¡Me la ha quebrado, bastardo! —gimió—. ¡Me la ha quebrado!

¡Pobre muchacho! Tendrían que entablillarle la muñeca y por algún tiempo no podría dedicarse a su deporte favorito.

Be pronto algo se movió hacia mi izquierda y vi salir de entre un montón de escombros a Tito «El Murciélagu». Se puso a correr, pero tropezó en su camino y se derrumbó.

Sólo tuvo que dar cuatro zancadas para alcanzarlo.

—¿A dónde vas tan deprisa, Tito?

Me miró asustado.

—Acaba de llegar mi primo a casa. Lo soltaron hace unos días y hemos organizado una fiesta en su honor —forzó una sonrisa—. Hace un par de años que no lo vemos.

Observé el rincón donde había estado metido. Allí sólo había desperdicios. Tommy, el de la muñeca quebrada, se había largado, y

Johnny seguía tendido en la acera, sin moverse.

—Tú eres una buena persona, ¿eh, Tito?

—Claro que lo soy. Todo el mundo lo dice —sonrió más confiado—. Tú lo sabes, Peter. Me llaman Tito «El buen chico».

—Y también te llaman «El Murciélago».

—Eso lo dice la mala gente, los que no me quieren.

—El primero que te puso «El Murciélago» te conocía bien, Tito. El murciélago es un ave nocturna, un pajarraco de mal agüero, y hasta hay quien piensa que chupa la sangre.

—Yo no soy nada de eso, Peter.

—Tú pagaste a esos dos muchachos para que me retirasen de la circulación.

—No.

—No me contradigas, o te juro que te doy lo que no has recibido hasta ahora.

—Sí, Peter —de pronto dio un tirón y logró desasirse.

Se volvió para echar a correr, pero sólo tuve que agacharme para atraparlo por el tobillo y se derrumbó de nuevo en el suelo. Entonces le introduje la mane en el bolsillo de la chaqueta y saqué un montón de billetes. No los conté, pero allí había alrededor de cien dólares.

—¡Dámelos! —chilló—. ¡Son míos!

—¿Quién te los dio, «Murciélago»?

Estaba todavía en el suelo, apoyado en un brazo, y respiraba entre jadeos.

—Los gané honradamente.

—No te sirve.

—Recibí un soplo para la tercera de Jamaica.

—Escúchame bien, Tito. Yo estaba ahí arriba cuando te quedaste sin blanca. Recibiste el dinero cuando saliste a la calle.

—No, Peter. Tenía ya los cien dólares cuando entré en la casa hace cuatro horas.

Negué con la cabeza.

—Tú eres incapaz de abandonar una partida teniendo un centavo en el bolsillo. Martinelli te dejó sin blanca. Fue en la calle donde encontraste al primo. Él sabía que yo estaba dentro y te dijo que para ganarte les cien dólares sólo tenías que hacer una cosa: darme el pasaporte. Naturalmente, tú eres un cobarde incapaz de

nada y pensaste en esos dos muchachos, Tommy y Johnny, para hacer el trabajo.

Para ese entonces, «El Murciélago» sudaba como un condenado en el infierno.

—Por favor, Peter, déjame en paz.

—¿Quién era el tipo?

—Se me ocurre una idea, Peter. Partamos el dinero... Cincuenta para cada uno.

Lo miré a los ojos.

—Voy a hacer otro pacto contigo, «Murciélago». Te daré los cien dólares —abrí la mano y los billetes cayeron revoloteando sobre su cuerpo.

Se movió nervioso para atraparlos, pero le puse un zapato sobre su pierna para que se estuviese quieto.

—Los cien serán tuyos cuando me digas quién fue el tipo que te contrató.

Titubeó unos instantes, mojándose los labios corla lengua.

—No lo sé.

Apreté más el pie.

—Anda, «Murciélago». Suéltalo si no quieres quedarte sin los cien dólares y algo más —le estaba mirando sus fauces abiertas para que no tuviese duda de que me refería a su dentadura.

—Te juro que no lo conozco, Peter.

—Está bien. Hazme la descripción, pero te voy a advertir una cosa. Conozco a la persona que me quiere mal, de modo que, si no coincide, te prometo que tu primo el expresidiario tendrá que ir al hospital para que puedas verle.

—Sí, Peter... Te lo diré. No lo volveré a ver... No es de los nuestros —hizo una pausa—. Es un tipo de unos treinta años, talla regular, más bien guapo.

Me estaba acordando de Marco Pisano, justamente el tipo a quien yo estaba dispuesto a visitar.

—Continúa, «Murciélago».

—Tiene los ojos verdes.

—¿Verdes?

—Sí.

Marco Pisano no tenía los ojos verdes.

—¿Y qué me dices de su cabello?

—Es rubio.

Me agaché sobre él y le golpeé con el dorso de la mano en la boca.

Se fue hacia atrás y, cubriéndose la cara con los brazos, lloriqueó:

—¡No me pegues, Peter! ¡Te estoy diciendo la verdad!

—Estás mintiendo, maldito.

—Es rubio. Te doy mi palabra de honor, Peter. Rubio y con ojos verdes, y su piel es bronceada y viste muy elegante.

—¿Qué clase de coche llevaba?

—Un «Buick» azul y blanco.

—¿Dónde lo estacionó?

—En la calle Madreselva.

La calle Madreselva era la paralela al callejón donde nosotros nos encontrábamos.

Miré otra vez sus ojos y aposté a que no me estaba engañando. Me agaché sobre él y chilló:

—¡No me pegues, Peter!

Pero sólo quería cerciorarme de si portaba armas, porque le tenía que dar la espalda y no me fiaba de él.

Llevaba una

«Banker's»

, que guardé en el bolsillo.

Eché a andar hacia el coche y él gritó:

—¡Dámela, Peter!

Johnny estaba sentado en el borde de la acera, devolviendo todo lo que contenía su estómago.

Puse en marcha el motor y el coche empezó a deslizarse por el callejón.

—¡Maldito seas, Peter! —gritó «El Murciélago»—. ¡Ojalá te saquen los sesos!

Frené bruscamente y «El Murciélago» echó a volar. No pude por menos que sonreír.

Mientras viajaba hacia Brighton Beach, pensé en todo lo que tenía que pensar.

Tal como se había puesto el asunto, yo no podía tener suerte siempre. Me había librado dos veces, pero ellos procurarían que cayese a la tercera. Primero habían confiado en profesionales y

luego en aficionados. Lo habían probado de las dos formas y ninguna de ellas les había valido. ¿Qué procedimientos utilizarían ahora?

CAPÍTULO VII

Llegué a mi despacho y eché un vistazo a la correspondencia. No había nada importante. Casi todas las cartas eran impresos en los que se me ofrecía un montón de cosas a cambio de muy pocos dólares. Lo arrojé todo a la papelera y consulté la guía telefónica. Por último marqué un número.

Una voz femenina me anunció:

—Habla usted con las oficinas de Norman Lee, agente de Bienes Raíces.

Yo también le dije con quién hablaba ella y agregué:

—Quiero consultar personalmente con el señor Lee.

—Muy bien. Ahora le pongo —esperé cosa de un minuto, y luego oí la voz de Lee—. Le escucho, señor Wyler.

—Sólo quería preguntarle si tiene ya algún comprador para la fábrica de Hugh Graham. Naturalmente, me imagino que la señorita Graham le habrá puesto a usted en antecedentes respecto a mí.

—Sí, Wyler. Sé que ella le ha contratado, pero hasta el presente las cosas siguen igual que estaban. No hay comprador.

Me dijo que en cuanto surgiese un aspirante me haría una llamada y nos despedimos muy cortésmente.

Marqué otro número y una voz fina me dijo que había establecido contacto con las oficinas de Herbert Caster y yo repliqué que justamente quería hablar con el señor Caster. Entonces ella me dijo que el señor Caster estaba muy ocupado y yo le contesté que mi nombre era Stefan Priestley y que deseaba hablar con el señor Caster acerca de una herencia de dos millones de dólares. En seguida oí la voz untuosa del abogado.

—Dígame, señor Priestley...

—Soy Wyler, señor Caster. Su amigo Peter Wyler.

Me lo imaginé poniéndose rojo.

—No me gustan sus tretas, señor Wyler.

—A mí tampoco las de Corvino, y la diferencia entre las de él y las mías consiste en que yo no trato de asesinar a nadie.

—Dígaselo a él.

—Me gustaría, mucho.

—Tendrá que ir a Chicagó.

—Tuve la esperanza de que usted conociese el momento de su regreso.

—No sé nada de mi cliente.

—Valdría la pena que usted se pusiese al habla con el señor Caster.

—¿Para qué?

—Quiero transmitirle un mensaje.

—Utilice el servicio de Correos.

—Con usted será más rápido, Caster. Dígale, a Corvino que estoy harto de sus matones de pacotilla y que haría bien en dejar de enviármelos, y que tarde o temprano me lo echaré a la cara y que entonces le pondré un cañón en la frente y dejaré que sus ojos contemplen la muerte durante cinco segundos antes de apretar el disparador. Dígaselo, señor Caster.

Luego, colgué y suspiré satisfecho.

Abrí un cajón de la mesa y saqué una botella de *whisky*. Después de beber un trago encendí un cigarrillo.

Nada ocurrió durante la siguiente media hora, Dediqué los treinta minutos a la reflexión. Luego abandoné el despacho, diciéndome que era llegada la hora de echar algo al estómago.

Había empezado a oscurecer cuando entré en el restaurante donde trabajaba Audrey Penn.

No había mucho público a aquella hora y ella me vio enseguida y salió a mi encuentro.

—Si te pones junto a la ventana del fondo te serviré —dijo.

No repuse nada porque estaba observando su cara. Era realmente bonita y le sentaba bien aquel uniforme verdoso con su delantal blanco.

Asentí con la cabeza y fui hacia la mesa que me había indicado.

Audrey hizo dos viajes a la cocina para servir otras mesas y, mientras tanto, fumé un cigarrillo.

Finalmente se puso frente a mí, mirándome con sus grandes ojos ennegrecidos por las espesas pestañas.

—Supongo que habrás venido a cenar.

—Hay muchos sitios para eso. Vine a verte. ¿Cuándo terminas?

—Dentro de una hora.

Di un suspiro.

—Bien, no tendré más remedio que comer algo hasta entonces.

Me largó la carta y yo la tomé y la puse del revés.

—No sé leer. Acércate. ¿Querrás ayudarme un poco?

Dio la vuelta la mesa y se acercó a mí. Olía a lavanda y a jazmín.

Me señaló varios platos, que rechacé quizá porque quería que ella continuase allí.

Transcurrieron tantos minutos que ella dijo:

—El dueño me está mirando.

—Que se vaya al cuerno.

—Es a mí a quien arrojará a la calle.

—Está bien, Audrey. Huevos con jamón, mermelada y café.

Fue a traerme el servicio y me fijé en el dueño. Era un tipo gordo, de triple papada, que me recordó a un hipopótamo después de salir del baño. Su cabeza era afechinada y los ojos pequeños.

Comí lentamente, mientras Audrey continuaba sirviendo a los clientes de su sección. De vez en cuando venía a mi mesa y estaba un par de minutos conmigo y durante ese tiempo el gordo no nos quitaba ojo de encima.

Habían pasado ya cuarenta y cinco minutos desde mi llegada. Sólo faltaban quince para que ella diese por terminado su trabajo. Apenas entraba ya nadie. Audrey me guiñó un ojo y eso quería decir que se disponía a cambiarse. Desapareció por una puerta y al cabo de unos instantes vi cómo el gordo la seguía.

No me gustó aquello y decidí formar parte de la compañía.

Me encontré en un corredor que tenía tres puertas al lado derecho. La segunda estaba entreabierta y pude oír la voz de Audrey.

—Usted no tiene derecho a entrar aquí, señor Marini.

—¿Quién es ese tipo con el que hablabas?

—Un cliente.

—¿Crees que me puedes tomar el pelo? ¿Quién es?

—No tengo que darle explicaciones a usted, señor Marini.

—Eres una tonta, Audrey. Yo te podría tener como una reina.

—Salga, señor Marini. Quiero cambiarme.

—Soy un hombre que tiene fama de ser honesto, Audrey, y siempre he sabido administrar mi negocio. Tengo mucho dinero ahorrado y ocupo un lugar cada vez más preponderante en la colonia italiana. Ya hay un grupo de amigos que han dado mi nombre para las próximas elecciones. Quieren elegirme concejal.

—Le felicito por sus éxitos, señor Marini, pero debe abandonar sus absurdas ideas acerca de mí.

—Piénsalo mejor, Audrey... Me gustas mucho.

—Le dije que se quedase junto a la puerta.

—Estoy loco por ti, Audrey.

—¡No me toque, señor Marini!

—Conozco a esos tipos como el de ahí fuera, Audrey. Son los peores para una chica como tú... Yo soy distinto, justo el hombre que te conviene.

—¡Déjeme, señor Marini!

Aparecí por la puerta. El gordo pretendía cazar a Audrey, quien se movía contra la pared, de un rincón a otro, los brazos levantados listos para soltar un zarpazo.

—Hola —dije.

Ella alzó los ojos y se quedó como estaba. El gordo volvió bruscamente la cabeza y, al descubrirme en e; hueco, sus pequeños ojos brillaron cargados de odio.

—¿Qué hace aquí, vagabundo?... —rugió—. ¡Márchese!

—Oí una disputa y vine a ver lo que pasaba.

—No tiene ningún derecho. Está violando mi domicilio. ¡Salga antes de que llame a la policía!

El muy bastardo decía que yo violaba su domicilio. ¿Cuáles eran sus negros pensamientos respecto a Audrey?

—Salga conmigo, señor Marini. La señorita Penn se va a vestir.

—¡No acepto órdenes de usted!

—No es una orden, Marini, sino un consejo. Vamos fuera.

Miró a Audrey y luego a mí. En sus labios había una sonrisa.

—Tu tipo es sólo un cobarde, Audrey. Quiero demostrarte ahora lo que puedo hacer con él.

—Tranquilícese, señor Marini —murmuré.

Lo encontró muy divertido.

—¿Lo oyes?... No quiere pelea, pero la va a tener.

Debía pesar sus ciento veinte kilos y era una mole enorme y sus brazos eran fuertes. Si me atrapaba entre ellos, bastaría con una presión para que me rompiese la columna vertebral. Eso fue lo que intentó porque se echó sobre mí con los brazos abiertos.



Le castigé el estomago y el hígado...

Le golpeé en el plexo solar, deteniendo su ímpetu, y luego, con mucha rapidez, le castigué el estómago y el hígado. No he visto nada igual. Dio la impresión de que se estaba deshinchando. Su cara se puso cárdena y luego empezó a echar espuma por la boca. Logró una pequeña ventaja, la de que sus ojos creciesen en tamaño. Luego empezó a desplomarse lentamente, como si hilos invisibles lo sujetasen al techo. Allá quedó tendido en el suelo, respirando furiosamente por la boca y la nariz.

Me puse delante de él y le di las espaldas a Audrey, diciendo:

—Anda, cámbiate aprisa, Audrey.

Sólo necesitó unos minutos y luego vino a mi lado y me tomó del brazo. Marini seguía en la misma posición tendido boca arriba, aunque su respiración ya no era tan agitada.

—Llamaré... a la policía —tartajeó.

Me agaché sobre él y le cogí por el cuello de la camisa.

—No, Marini. Usted no va a hacer eso porque entonces volveré aquí para machacarle su carne fofa, y entonces no tendré compasión. Audrey se despide. —Me volví a la chica—: ¿Cuánto te debe?

—Doce dólares cincuenta.

Metí la mano en la chaqueta de Marini y le saqué la cartera, de la cual extraje doce dólares.

—La chica le perdona los cincuenta centavos —le dije al italiano, y dejé caer la cartera sobre su cara.

Cogí del brazo a Audrey y salimos del corredor.

—Vayamos por la puerta trasera —dijo.

Justamente salimos a la callejuela donde yo había estacionado el convertible. Sin decir palabra ocupamos el asiento delantero y nos largamos de allí.

—Lo siento —rompió ella el silencio.

—¿Te refieres a tu empleo en el restaurante?

—Oh, no. Sólo pensaba en que te traje una complicación.

Le sonreí.

—Ésa sí que es buena. ¿En qué clase de jaleo estuve a punto de meterte cuando me refugié en tu cuarto?

Transcurrieron otros cinco segundos y ella preguntó interesada:

—¿Resolviste ya aquello, Peter?

—No, Audrey. Todavía no.

—Es un asunto peligroso, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—¿Por qué no me lo cuentas?

Estacioné cerca del parque Lenox y fuimos andando hasta el paseo de las Acacias. Todo estaba ya muy oscuro. Los bancos se hallaban ocupados por parejas de enamorados, pero al fin encontramos uno libre y nos sentamos. Entonces se lo conté todo, desde el principio al fin, y eso me sirvió de sedante.

Terminado mi relato, entre ambos se hizo un largo silencio.

—¿Por qué no dejas que sea la policía quien haga el trabajo, Peter?

Le tomé una mano entre las mías.

—No, nena. No puede ser. Ellos forman parte de un engranaje muy complicado. Hay centenares de piezas, y resulta fácil para cualquier persona entorpecer la marcha de una de ellas, y entonces el mecanismo se detiene. Ellos tienen normas, reglas, prohibiciones, y también existen los grupos que obstaculizan constantemente su camino poniéndoles trabas, recomendando inhibiciones... A veces tienen que echar mano a procedimientos extrapolicíacos para poder castigar a un culpable. Recuerda los tipos que han ido a la cárcel por haber eludido los impuestos. Esos fulanos eran criminales que tenían las manos manchadas de sangre porque habían liquidado a docenas de personas, pero nadie les podía probar siquiera uno de esos asesinatos y tuvieron que recurrir al Departamento del Tesoro para apretarles el cinturón... Bill Corvino es de esa clase de fulanos.

—Algún día lo pagarán.

—Corvino es el responsable de la muerte de Ross Moller y Hugh Graham, pero yo fui quien empujé a Ross hacia el final desde el momento en que le confié la custodia de Graham —sacudí la cabeza—. No, Audrey, no puedo esperar diez o quince años a que Bill Corvino cometa un fallo o a que un «gángster» rival lo fría en la calle... Si ahora volviese la espalda, yo sería tan canalla como uno de esos tipejos que Corvino tiene a sus órdenes.

Saqué el paquete de cigarrillos y se lo ofrecí, pero ella rechazó la invitación.

Aspiré con fuerza, llenando los pulmones de humo.

—Entonces —dijo—, ¿vas a ir a «La Rosa Negra»?

—Sí, Audrey.

—No te dejarán escapar vivo.

Me toqué los bolsillos donde tenía la «Luger» y la pistola de Tito.

—Voy bien aprovisionado.

Me puso una mano en el hombro.

—Me imagino que, por mucho que diga, no te voy a disuadir...

—No, Audrey. Estoy firmemente decidido.

Sonrió débilmente.

—Entonces, sólo te puedo desear suerte.

—Siempre la he tenido y estoy seguro de que esta vez no me abandonará.

Tenía que hablarle así, aun cuando en ese momento yo no daba un centavo por mi vida.

La vi con los labios entreabiertos mirándome y entonces la enlacé por la cintura y la atraje contra mí besándola fuertemente.

Cuando nos separamos, dije:

—No hemos hablado de ti, Audrey. Te has quedado sin empleo.

—Ya encontraré otro.

—¿Dónde?

—Siempre hay algún negocio con una plaza disponible...

—¿Has hecho algún trabajo de oficina?

—Sí.

—En la mía hay una vacante.

—Oh, no, Peter.

—Está hecho, Audrey. Trabajarás conmigo. Tengo mi despacho convertido en una verdadera miseria. Y siempre me he dicho que sólo una mujer podría poner orden allí.

Era una conversación la mar de interesante. Yo le estaba ofreciendo el puesto de secretaria. ¿Secretaria de quién? ¿De un difunto?

—Está bien, Peter. Aceptaré por estar a tu lado.

La besé otra vez.

Luego nos pusimos en pie y caminamos hacia el lugar donde había estacionado el convertible.

Durante el viaje al Hotel Utrech, no nos dijimos nada.

Tom Bignill nos recibió con una sonrisa.

—Sabía que se harían amigos.

—Tengo un encargo especial para ti, Tom —le señalé a Audrey —. Si a ella le pasa algo, te despellejo.

—No te preocupes, Peter. Te la conservaré.

—Hablan de mí como si fuese la nieta de un millonario —dijo Audrey, sonriente.

—Para mí vales más —repuse.

Subimos la escalera y, al llegar a la puerta de su apartamento, se volvió echándome las manos al cuello.

Sentí cómo su cuerpo se estremecía.

—Tengo miedo, Peter.

Sellé su boca con la mía.

—Vendré a verte en cuanto haya girado mi visita a ese local.

—Te esperaré despierta.

Abrió la puerta y se coló dentro.

Abajo me detuve otra vez ante Bignill.

—Destripa al que intente tocarla, Tom —le dije.

—Ya sabes que vigilo siempre mi negocio.

Hice un gesto afirmativo y me despedí de él.

Cuarenta y cinco minutos más tarde llegaba a «La Rosa Negra», en Brighton Beach. Era un local de dos plantas, rodeado de palmeras. Un poco más allá había una estación de servicio anexa y enfrente estaba la playa de estacionamiento. Conté hasta una veintena de coches y entre ellos había muchos «Continental» y «Cadillac».

Salté de mi convertible y, después de encender un cigarrillo, caminé hacia la casa.

CAPÍTULO VIII

Había un tipo galoneado en la puerta, que me miró al paso, pero se mantuvo quieto donde estaba.

El vestíbulo era amplio. A la izquierda había tres cabinas telefónicas y a la derecha estaba el guardarropa que era atendido por una muñeca de pelo rojizo. Como todas las de su clase, mostraba mucho hombro.

Yo no tenía nada que darle, pero a pesar de ello me obsequió con una sonrisa y le hice un saludo con la mano.

Bajé tres peldaños y me encontré una gran sala sumergida en la penumbra. Había sido decorada con motivos marinos y por todas partes se veían palos, redes, y en la pared había incrustadas conchas que refulgían bajo las luces indirectas. También vi media docena de acuarios. En tres de ellos había peces menores y algún crustáceo. El cuarto era más sensacional porque encerraba un tiburón. Todas las vitrinas estaban convenientemente iluminadas con luz verdosa y azulada.

A un lado se ubicaba el bar, que era muy largo por que se extendía a todo lo largo de la pared. No; allí no se habían escatimado los billetes de a mil. El público parecía selecto. Muy cerca del acuario donde estaba el tiburón vi una puerta cerrada. Sobre ella no había ninguna letra, pero cerca descubrí a un tipo vestido de etiqueta, muy alto y fuerte, que tenía las manos atrás, mirando a todas partes con cara de aburrido. Me dio pena el muchacho y le prometí mentalmente un poco de diversión.

Ocupé un taburete e hice una señal a un mozo patilludo, de cara alargada.

—¿Qué va a tomar el señor?

—El señor toma *whisky*.

Bebí un trago y giré hacia la pista donde había una docena de parejas bailando al ritmo de la orqueste, que interpretaba un mambo en un estrado al fondo.

De pronto el corazón me dio un vuelco. Allá, en una mesa cercana a la pista, se encontraba la señorita Hillory, una de las cuatro monadas de Hugh Graham. No la acompañaba nadie, o al menos en aquel momento no tenía con ella a su hombre. Estaba rutilante de hermosura con su vestido de lamé de oro, muy desertado. Fumaba un cigarrillo y parecía estar muy nerviosa.

Salté del taburete con mi vaso en la mano y me dirigí a su mesa. Ocupé la silla de frente a ella y entonces alzó los ojos y me vio allí y en su cara reflejó una gran sorpresa.

—Hola —dije.

—¿Qué hace ahí?

—La vi sola y he decidido hacerle compañía.

—No la necesito.

Dirigí una mirada en torno.

—Es un buen lugar para divertirse.

—No me interesan sus apreciaciones. Y le voy a advertir una cosa: no estoy sola.

—¿Sí? ¿Quién es el chico?... ¿El del «Jaguar»?

—Oiga, señor Wyler. ¿Por qué me sigue los pasos?

—No te sigo los pasos, preciosa —la tuteé—. Nos encontramos aquí por pura coincidencia. Creo que se dice así.

—Muy bien. Acabamos con la coincidencia. Márchese.

—Me gustaría saber una cosa: ¿a quién pertenece este local?

—No lo sé.

—Estoy seguro de que lo sabes.

—Es usted odioso, señor Wyler.

En aquel momento oímos una voz.

—¿Ocurre algo, Diana?

Sí, era el tipo del «Jaguar». Ahora lo vi mejor. Era bien parecido, muy alto, y vestía traje oscuro, camisa blanca y corbata azul. Se había puesto tanta grasa en el cabello que le chorreaba por los lados.

—Creo que te he hablado de Peter Wyler, el detective —dijo Diana—. Es él.

«Cabello Grasiento» me miró con los ojos fruncidos.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

Diana le dio la respuesta:

—Llegó aquí por puro azar, Jack.

Jack arrugó la nariz.

—No me gustan los sabuesos.

—¿Le dan mala suerte, Jack? —dije.

Apretó el puño derecho como si fuese a dispararlo contra mi cara, pero no me moví una pulgada.

Jack se contuvo.

—Vámonos de aquí, Diana —ordenó con voz cortante.

Ella le observó con mirada interrogativa y él insistió:

—Quiero tomar el aire.

Me puse en pie al mismo tiempo que Diana.

—Me gustaría acompañarles —dije—, pero tengo un asunto pendiente.

Jack hizo una mueca.

—No quiero verle pegado a mis talones, Wyler.

Me reí en su cara.

—En nuestra profesión ocurre una cosa graciosa, Jack.

A veces andamos a oscuras en una investigación y, cuando menos lo esperamos, uno de los personajes de la trama empieza a ponerse nervioso y entonces nosotros, que lo habíamos dejado en paz, tenemos que dedicarle especial atención. A veces el que tiene algo que esconder se traiciona a sí mismo.

—¿Quiere que le rompa la cara, Wyler?

—¿Usted y cuántos más, Jack?

—Salga fuera.

Lo dijo como un chiquillo que desafiase a un compañero del colegio. Pero Jack sólo era eso: un niño grande, guapetón y consentido. De buena gana habría salido con él para darle un rapapolvo, pero eso sería arruinar mi probabilidad de éxito en un lugar tan maravilloso como «La Rosa Negra».

—Otro día, Jack —dije.

Sonrió jactanciosamente.

—Se achica enseguida, ¿eh, Wyler?

Diana lo tomó del brazo.

—Vamos, Jack. La atmósfera huele a podrido.

Los vi alejarse, pero entonces ocurrió lo más sorprendente.

Marco Pisano entró en el local y se encontró con ellos. Diana quiso continuar hacia la salida, pero Jack le dio un tirón, deteniéndola.

Marco Pisano les sonrió a los dos.

La rubia dio media vuelta y se me quedó mirando con la cara muy pálida. Al instante, Jack inclinó la cabeza sobre Marco Pisano y empezó a hablarle. Entonces Pisano giró la cabeza y me descubrió junto a la mesa.

Transcurrieron tres segundos y luego Pisano hizo una señal rápida con la mano. Equivalió a una orden, porque Jack y Diana reanudaron el paso, desapareciendo en el vestíbulo.

Marco Pisano y yo nos observamos como dos boxeadores antes de empezar el combate.

Se acercó andando despacio.

—¿Qué vino a hacer aquí, Wyler?

—Quise verte otra vez la cara, Pisano.

—Muy bien. Ya la vio. ¡Lárguese!

—No antes de hablar con tu amo.

—Supongo que se refiere al dueño del local.

—Es posible.

—Es Douglas Nolson, un tipo que está paralítico en su casa. Sólo se pudo llegar hasta aquí el día de la inauguración. Está en una silla de inválido, pero si quiere una entrevista con él se la puedo concertar.

—Eres muy amable, Pisano, pero ése no es el tipo con el que yo quiero hablar.

—Habló del dueño.

—Únicamente como una posibilidad.

—Ponga las cartas sobre la mesa, Wyler.

—Bill Corvino.

Frunció los labios y luego se echó a reír.

—Vino mal informado, Wyler. Bill Corvino no tiene nada que ver con «La Rosa Negra».

—Tú eres el agente de Corvino y te encuentro en «La Rosa Negra».

—Soy el gerente de este local. Douglas Nolan me lo confió. Fue amigo mío en otro tiempo, antes de que le diese la parálisis.

—A ti también te va a dar una parálisis, Pisano.

El tipo se quedó muy serio.

—Deja de amenazarme, Wyler. —Me tuteó al fin.

—Sólo hay una forma de arreglarlo, Pisano. Quiero hablar con tu verdadero patrón, Bill Corvino.

—Está en Chicago.

—Muy bien. Deme su dirección y le llamaré por teléfono.

—El caso es que no sé dónde para.

—Qué casualidad.

—Óyeme, Wyler. Aquel asunto quedó zanjado... No nos interesa el negocio de Hugh Graham. Para nosotros, como, si no existiera la fábrica. Si dejas el agua correr será bueno para ti. Conservarás la vida.

—Quizá el trato me interese.

—Claro que sí —sonrió Pisano.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Devolverás la vida a Ross Moller y a Hugh Graham.

Hizo una mueca de perplejidad y luego miró mi vaso de *whisky*.

—Has bebido demasiado, Wyler.

Arrastré las palabras.

—Eso es lo que debéis hacer para que todo quede como estaba. Sólo tenéis que resucitar a mi cliente y a mi amigo.

—Estás chiflado, sabueso. Mal de la azotea.

Di media vuelta y me encaminé hacia el bar, donde volví a ocupar el taburete de antes.

Cuando giré la cabeza, Marco Pisano seguía en el mismo lugar donde yo lo había dejado. Me estaba observando, pero ahora se puso en movimiento, encaminándose hacia la puerta donde estaba el tipo con cara de aburrido.

Marco le hizo una seña y ambos entraron en la habitación, cerrando tras sí.

Apuré el *whisky* y pedí otro. La cosa estaba complicada, pero no me podía marchar hasta que la bomba hubiese estallado. Era muy posible que yo saltase por los aires, pero no tenía otro medio a mi alcance para hincar el diente en el asado.

Transcurrieron quince minutos y de pronto un mozo se llegó a mi lado.

—¿Es usted el señor Wyler?

—Sí.

—Le llaman al teléfono. Cabina número tres. Está en el vestíbulo.

Fui allá y la chica del guardarropa me volvió a sonreír.

Entré en la cabina número tres.

—¿Sí? —dije a través del micro.

—¿Wyler...?

—Con él habla. ¿Quién es?

—Bill Corvino.

CAPÍTULO IX

Era una voz carrasposa.

—¿Desde dónde llama? —pregunté.

—No necesita saberlo para nada. Escude, Wyler, usted anda descaminado. No tengo nada que ver con lo que usted investiga.

—Me reiré más tarde. Ahora me podría golpear la cabeza contra la pared de la cabina.

—Voy a admitirle una cosa, Wyler. Yo quería comprar la fábrica de Hugh Graham, pero luego, teniendo en cuenta cómo se desarrollaron los acontecimientos, renuncié a la operación.

—Conmigo no cuela, Corvino.

—Le he hablado como amigo.

—Si yo hubiese sido amigo de usted en algún momento de mi vida, me pondría una piedra al cuello y me arrojaría al Hudson.

—Eso es lo que le va a ocurrir si sigue husmeando a mí alrededor.

—¿Ya terminó su mensaje, Corvino?

—Sólo quería advertirle.

—Muy bien. Dígame una cosa, Corvino. ¿Le transmitió el mensaje su abogado?

—Sí, fue muy gracioso.

—No quito una coma de él.

—Los he conocido más fanfarrones que usted y se le pondrían los pelos de punta si supiese cómo acabaron. Punto final, Wyler.

—No, Corvino. Todo sigue en pie.

—Se me olvidaba un detalle.

—¿Entregarse a la policía?

—No sea estúpido —dijo con voz irritada, y tras una pausa, agregó—: Me gusta ser generoso con las personas que trato. Mañana

a las nueve y media le enviaré un hombre a su despacho.

—¿Cómo encargará que me mate? ¿Con un punzón o una pistola?

—Le llevará mil dólares, Wyler.

—Ahórrese el viaje de ese tipo.

—Le puedo garantizar que cobrará los mil dólares por nada, ya que en realidad yo no tengo nada que temer de usted.

—Desde luego, Corvino. Usted tiene la conciencia muy limpia.

—Apártese, Wyler. Acepte los mil dólares y me demostrará que es un tipo inteligente.

—No.

—Usted pierde, Wyler.

—Eso está por ver. La bola está en la ruleta.

—Yo hago detener la bola en el número que quiero.

Le envié una risita por el tubo.

—Yo también conozco algunos trucos, Wyler.

—Muy pronto va a tener noticias mías, detective, y no le van a gustar.

Sonó un chasquido y la comunicación quedó cortada.

Ya que estaba en la cabina, aproveché mi oportunidad y disqué el número del «Star».

Al cabo de un rato oí la voz de Ralph Javalay:

—¿Dónde estás, Peter?

—En un lugar de Nueva York.

—¡Vete al infierno! Te he estado buscando toda la tarde.

—¿Para qué?

—Bill Corvino llegó de Chicago.

—¿A qué hora?

—A las tres y media se presentó en el despacho del capitán Leigh. Naturalmente, Corvino se hacía acompañar, como siempre, por su ahogado. Yo no estuve presente en la entrevista, pero Lawrence me la contó con todo detalle.

—Me la imagino.

—El ahogado Caster mostró fotografías y documentos que han demostrado la permanencia de Bill Corvino en Chicago mientras ocurrieron las muertes de Hugh Graham y de Boss Moller.

—¿Qué documentos?

—Bill Corvino fue allá para asociarse con Larry Hoffa.

—Otro buen punto. Larry Hoffa, el nuevo barón de la cerveza...

—Son negocios honrados, ya te lo advertí.

—¡Y un rábano!

—El capitán tuvo que darse por satisfecho.

—Pobre capitán...

—¿Qué puede hacer? Todo es legal.

—Es lo que te dije a ti y a Leigh. Bill Corvino no necesita empuñar un revólver ni un cuchillo para liquidar a las personas que a su juicio le interceptan el camino. Tiene nubes de matones para esos menesteres.

—Estás nervioso, Peter.

—Sí, Ralph. Estoy nervioso. Y lo estoy más a cada minuto pensando en que el sapo de Bill Corvino sigue viviendo. No hace aún cinco minutos me ofreció mil dólares para que regresase a mi oficina en espera de una esposa ultrajada, que me requiera para buscar pruebas contra su marido.

—Yo lo siento como tú, Peter, pero hay cosas que no se pueden hacer.

—¿El qué?

—Poner la cabeza para que te la siegue el verdugo. Es lo que tú estás haciendo, Peter.

—Sí, Ralph. Es lo único que puedo hacer, pero quizá en el último momento ocurran las cosas de otro modo y sea yo quien se apodere del hacha.

—Es una locura, Peter. Déjalo ya.

—Hasta la vista, Ralph. Gracias por todo.

—¡Peter!

Colgué y salí de la cabina.

Me puse un cigarrillo en los labios y caminé hacia la nena del guardarropía.

—Creo que se me acabaron los fósforos —dije.

—Yo tengo fuego —sonrió malignamente mientras frotaba el fósforo—. Nunca le vi antes por aquí.

Le miré los hombros mientras arrojaba dos chorros de humo por la nariz.

—Al parecer me he perdido grandes cosas.

—Todavía es joven.

Miré hacia un lado y descubrí un teléfono que descansaba sobre

una mesita.

Saqué un manojo de billetes. Calculé que serían unos quince dólares.

—Hay cosas que yo no vendo —dijo.

—Éste es un trabajo extra, nena —le aclaré—. Sólo quiero que cojas el micro y marques un número.

Frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Es un favor que quiero que me hagas. Preguntarás por la señorita Graham. Vicky Graham.

—¿Y luego?

—Le dirás el nombre que quieras, y luego, que te has informado de que tiene en venta su fábrica de ropa y que te gustaría comprarla.

—Eso parece muy complicado.

—Si yo no me equivoco, la conversación durará muy poco. Ella la cortará.

Titubeó unos instantes y, finalmente, cogió el racimo de billetes, pero esta vez lo que hizo fue guardarlos introduciéndolos en su escote. Se acercó a la mesita y le di el número. Ella discó.

Transcurrieron unos segundos.

—¿Señorita Graham? —Hubo una pausa—. Soy Dorothy Miniver. Un amigo me informó que usted tiene a la venta una fábrica de ropa... ¿Cómo...? ¿La vendió ya...? Oh, cuánto lo siento. Gracias, señorita Graham.

Colgó y vino otra vez hacia mí.

—Salió como usted dijo. Fue corta.

—¿Dijo a quién se la vendió?

—No.

—Gracias, pequeña —le palmeé la mejilla y me introduje otra vez en el local.

El hombre triste estaba junto a la puerta. Pasé por su lado y empecé a girar el tirador.

—¡Eh! ¿A dónde va?

—Ahí dentro.

Alargó la mano para cogerme la muñeca, pero yo me colé.

Hice como que iba a cerrar, pero lo que quería era que entrase tras de mí. Así lo hizo y entonces retrocedí rápidamente dos pasos y

saqué la pistola de «El Murciélagos».

Al fondo de la estancia, tras una mesa, se encontraba sentado Marco Pisano. Al lado de una esquina de la mesa, de pie, vi a otro hombre, de unos cincuenta años, cabello entrecano y vientre abultado.

Marco Pisano rugió:

—Te dije que lo vigilases, Dick.

—No lo vi en la sala y creí que ya se había ido —contestó el hombre de la cara triste.

Le hice una señal con la pistola para que echase a andar hacia la mesa. Los quería tener a todos reunidos. Luego miré a Pisano.

—Está bien, Marco. Me dijiste antes que no os interesaba el negocio de la fábrica.

—Así es.

—Sin embargo, la vais a comprar.

—¿Quién dice eso?

—Tengo información de primera mano.

—El tipo que te haya dicho eso se equivoca. O te ha engañado deliberadamente, Wyler.

—Me lo dijo la propia dueña, Vicky Graham.

Se removió intranquilo en el sillón.

—Ella no pude haberte dicho eso.

—Me imagino que Vicky venderá a una tercera persona la propiedad de la fábrica, pero realmente el negocio pertenecerá a la «Murray Incorporated».

Marco se mordió el labio inferior.

—¿Cuánto quieres por dejamos en paz?

—Nada de dinero. Un simple papelito escrito de tu puño y letra. Quiero que confieses la participación da Bill Corvino en el asesinato de Hugh Graham y en el de Ross Moller.

—Te dije antes que estabas chiflado.

—Ahí tienes papel y pluma.

—No lo haré.

Lo apunté con la pistola a la cabeza.

—Coge la pluma, Marco.

—No.

—Voy a disparar.

—No te atreverás.

—Vosotros os atrevisteis con Graham y Moller. Yo me atreveré contigo.

Se quedó quieto, sin dejar de mirarme y entonces apreté el gatillo.

La bala le rozó la sien. No había tirado a dar. Por fortuna tengo mucha puntería. Naturalmente, el estampido quedó ahogado por las acolchadas paredes, dispuestas ya para aquella contingencia.

Pero el silbido de la bala fue bastante para que Marco Pisano se echase sobre el respaldo de la silla y en su cara apareciese el más indescriptible pánico.

—El próximo plomo te entrará por la frente, Marco —advertí.

Un minuto antes su piel estaba seca, pero ahora transpiraba por todos los poros.

Alargó la mano y cogió la pluma rápidamente.

—¿Qué quieres que escriba?

Le dicté despacio.

«Yo, Marco Pisano, en el pleno uso de mis facultades mentales, confieso que Bill Corvino me ordené que coaccionase a Hugh Graham, dueño de una fábrica de confecciones en el Queens, Nueva York, para que le vendiese el citado negocio por treinta mil dólares; pero al no poderlo conseguir por la intervención del detective privado Peter Wyler, decidimos llevar a cabo nuestras amenazas, matando a Hugh Graham y a otro hombre llamado Ross Moller».

—¡Eso no es cierto! —exclamó.

—Escríbelo como te he dicho.

—Esto no tiene ningún valor ante un tribunal.

—Ya lo sé. Bastará con que tú y Corvino lo neguéis para que todo quede en nada, pero quiero ver estampada tu firma en ese papel.

—¿Por qué?

—Para el caso de que te atropelle un autobús. Nueva York es una ciudad donde ocurren muchos accidentes todos los días.

Otra vez el miedo se reflejó en sus ojos.

—No me irás a matar después de haber firmado ¿eh, Wyler?

—No, muchacho. No te mataré.

Entonces firmó.

Cogí el papel y, después de leerlo, lo guardé en el bolsillo. Justo en ese instante una voz dijo a mis espaldas:

—No se mueva, Wyler. Tengo un arma en la mano que le apunta a la espina dorsal y ya llevo algún tiempo queriéndole partir en dos.

CAPÍTULO X

Me estuve quieto, porque deseaba vivir aunque fuese un rato más, y dejé caer la pistola en la alfombra.

Tenía enfrente de mí la cara de Marco Pisano y le vi sonreír.

—Caíste en la trampa, sabueso, aunque confieso que ha habido un momento en que creí que me saldría mal —se enderezó, poniendo, los brazos en jarras—. Sólo quería que vinieses a esta habitación y lo conseguí. Convino, es listo y me dijo hace un momento que tú no dejarías de entrar en la perrera a poco que dejase la puerta un poco abierta. ¿Crees que iba a ser tan estúpido de dejarte entrar si no hubiera querido?

Si; todo había sido muy fácil. El tipo de la cara triste había representado bien su papel.

Oí pasos a mi espalda y por mi derecha apareció el fulano que me había dejado clavado. Era un muchacho pequeño, tan pequeño que podría pasar por un *jockey*. Tenía el cabello rubio y los ojos de asesino. Con su diestra empuñaba una pistola tan grande como él.

Marco Pisano dio la vuelta a la mesa y detúvose ante mí.

—Después de todo, sólo eres un pobre diablo, Wyler. ¿Para qué infiernos querías esa confesión? Cualquier autoridad a la que la hubieses, presentado se hubiese reído de ti.

—Sólo quería comprobar una cosa.

—¿Ya la comprobaste?

—Si.

—¿El qué?

—Vosotros no matasteis a Hugh Graham.

—Lo dices ahora para quedar bien conmigo.

—No, sé que no lo hicisteis, pero matasteis a mi amigo, a Ross Moller. Él era el guardaespaldas de Graham y uno de los vuestros le

pegó un balazo en la cabeza para meter miedo a su protegido. Estabais convencidos de que, de paso, me armabais un lío dejando el cadáver en mi apartamento.

—Eres muy listo. Anda, dame el papel.

Fui a meter la mano en el bolsillo y en eso «*Jockey*» dijo:

—Espera que lo registre, Marco.

Pisano asintió con la cabeza. Entonces el rubio alargó el arma al barrigudo y se vino hacia mí.

Me mostré indiferente mientras él hacía el registro. Sacó el papel que Marco había firmado y luego se me plantó delante y metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta donde yo guardaba la «Luger».

Miré por el rabillo del ojo al barrigudo.

El rubio emitió un silbido mientras sacaba mi pistola.

—¿Qué les parece esto? —dijo.

Mostró en alto la «Luger» y yo pensé que todos la mirarían con curiosidad, no porque fuese la primera vez que viesen un arma de esa marca, sino porque yo era un sabueso bien artillado.

Era mi momento.

Cogí al rubio por el brazo y lo lancé por encima de mi hombro contra el barrigudo. Éste disparó la pistola, pero se había movido para buscar mi cuerpo y la bala fue a golpear contra la pared. Luego «*Jockey*» cayó sobre él y ambos se vinieron abajo.

Dick «El Triste» empezó a meter la mano en la sobaquera.

Me revolví como una centella y le descargué un patadón en el bajo vientre.

Sus ojos le empezaron a salir de las órbitas y por un momento creí que le repiquetearían en el suelo.

Marco Pisano no debería estar armado porque no buscó ninguna pistola en su cuerpo, sino que se lanzó contra mí golpeándome en la cara.

Por fortuna no me pilló de lleno, ya que sus nudillos resbalaron por mi piel. Al medio fallar el golpe, se vino hacia mí y le recibí incrustándole todo mi puño en la boca. Sentí cómo sus dientes cedían al impacto y luego cayó hacia atrás golpeando la cabeza contra el canto de la mesa. Finalmente, se derrumbó en el suelo y quedó inerte.

El barrigudo estaba gateando por el suelo quitándose de encima

al «Jockey». Todo había sucedido escasamente en tres segundos.

Me arrojé en plancha sobre la
«Banker's»

y cuando la atrapé giré sentado en la alfombra.

—¡Todo el mundo quieto!

Dick «El Triste» no hizo ningún caso. Ya se había recuperado y dio un tirón de la funda de su axila extrayendo el revólver, con el que se dispuso a hacer fuego.

Apreté el gatillo antes.

La bala chocó contra su hombro y lo hizo girar. Soltó el revólver y se derrumbó en un sillón lanzando ayes de dolor.

El «Jockey» estaba a punto de alcanzar el arma que le había dejado al barrigudo, pero al oír el estampido quedó quieto mirándome.

—Atrás, enano —le dije.

Torció la boca en una mueca siniestra pero obedeció.

El barrigudo estaba sentado en el suelo, y se tocaba el pecho donde había recibido el embate del rubio.

—Me ha reventado por dentro. —Se quejó—. Llamen a un médico.

—Tendría que llamar al verdugo —dije, echando una mirada en torno.

Marco Pisano seguía inmóvil pero respiraba y, cada vez que lo hacía, le salía, a borbotones, la sangre por la boca.

Recuperé mi «Luger», que volví a guardar en el bolsillo, y me puse en pie dominando la situación. Estuve pensando un momento lo que iba a hacer con aquellos tipos y entonces se me ocurrió una idea.

Saqué la «Luger» y, rápidamente, apoyando la
«Banker's»

sobre la mesa, le quité todas las cápsulas. Luego limpié con una sola mano la culata dejándola libre de mis huellas. Los muchachos miraban con curiosidad todo lo que yo hacía. Por último, me agaché sobre Marco Pisano y le puse la

«Banker's»

en la diestra.

Finalmente hice una señal al barrigudo.

—Anda, Fati, marca en el dial el número que te diga.

Titubeó unos instantes pero se enderezó y dio la vuelta a la mesa. Descolgó el micro y quedó esperando. Yo le dije los números que él marcó uno tras otro.

—Cuando oigas una voz pregunta por el capitán Leigh.

—¿La policía? —exclamó e instintivamente cortó la comunicación.

Apreté los dientes apuntándole con la «Luger».

—Vuelve a marcar. Y haz lo que te digo o te juro que vas a sentir otra clase de dolor en el pecho.

Ahora no vaciló un instante en volver a marcar.

—Por favor —tartamudeó—. Con el capitán Leigh.

Se quedó a la espera y le dije:

—Cuando oigas su voz dile que le va a hablar Peter Wyler.

Transcurrieron cinco minutos.

—¿Capitán Leigh?... Le va a hablar Peter Wyler.

Alargó el micro, que yo alcancé retirándome un paso de la mesa.

—Hola, capitán.

—¿Qué le pasa ahora, Wyler?

—¿Conoce «La Rosa Negra»?

—¿El club nocturno?

—Si.

—No lo he visitado nunca, pero sé que está por Brighton Beach.

—Venga pronto, capitán. Aquí ha pasado algo insólito.

—¿El qué?

—Un ajuste de cuentas. Alguien pegó en la boca a Marco Pisano y él se lió a pegar balazos. Hay un hombre herido.

—¿Qué infiernos está contando, Wyler?

—No hay tiempo para más.

—¡Escuche, Wyler! ¡Me imagino que se trata de una de las tuyas!... ¡Si ha matado a alguien, le aseguro que lo va a sentir!

—Si yo estuviese en su lugar vendría acá a la carrera —dije y colgué.

Marco Pisano continuaba tendido en el suelo y tenía empapada en sangre la camisa.

Observé la habitación y no vi nada sospechoso, al parecer, sólo existía una puerta.

—Quiero la llave que cierra esa cerradura.

Nadie me contestó.

—¿Es que no me habéis oído? —apunté al barrigudo—. La llave. Se movió muy despacio y fue a abrir un cajón.

—Espera —le ordené y, cuando me volví hacia la pared para vigilar lo que hubiese dentro del cajón, hice una señal para que lo abriese.

No; no había ningún arma.

Sobre una caja de madera un llavero que el «Fati» me arrojó al aire.

Con toda la escena dispuesta, empecé a retroceder hacia la puerta.

«Jockey» dijo:

—No puede entregamos a la policía.

—Se contentarán con echar una parrafada con vosotros. Ya verás cómo lo pasáis divertido.

El capitán Leigh tendría un motivo importante para hacerles pasar por el aro. Naturalmente, acusaría a Marco Pisano de haber baleado a Dick. La cosa se complicaría un poco cuando los tipejos empezasen a protestar, pero el capitán tendría una buena oportunidad para mantenerlos encerrados hasta que los abogados echasen mano a sus artimañas legales.

Abrí la puerta y salí fuera. Bastó con que diese una vuelta a la llave para que sonase el chasquido y entonces eché a andar muy aprisa hacia la salida.

La nena del guardarropa abanicó las pestañas.

—Salgo dentro de una hora —dijo.

—Tuve noticias de mi abuelita. Se encuentra mucho peor. Ya nos veremos otro día.

Cuando llegué a la playa de estacionamiento oí a lo lejos el aullido de una sirena. El capitán Leigh se había dado mucha prisa en dar aviso a una de las patrullas cercanas a «La Rosa Negra».

Me metí en el coche y escapé a toda velocidad. La aguja del velocímetro subió rápidamente a los setenta y luego a los ochenta.

Marché por la avenida Ocean hacia Prospect Park. Al llegar a la pendiente entre Clarendon y Foster pisé el pedal del freno.

Pero el convertible siguió corriendo a toda velocidad.

Probé otra vez, sintiendo un escalofrío por la espalda.

No; los frenos no funcionaban.

La aguja ya había llegado a los cien.

Cuatro coches pasaron por mi izquierda como exhalaciones, pero era el mío el que se había convertido en un rayo. El rayo de la muerte.

CAPÍTULO XI

Apreté las manos sobre el volante y hundí otra vez el pie sobre el pedal del freno.

Fue inútil.

Abajo, a una milla, vi la curva de Clarendon. Tenía que doblar a la izquierda, pero a aquella velocidad resultaría imposible. Ni el campeón del mundo hubiera podido salir con vida haciendo aquella maniobra. Y más allá estaba el enorme muro que rodeaba el campo de

«baseball»,

sólo a unas veinte yardas. Lástima que no fuese de día. Con un poco de suerte también podría haberse celebrado un partido. Me vi aparecer en la cancha recibiendo el aplauso de los espectadores, después de haber atravesado unos cuantos miles de toneladas de hierro y cemento.

Era cuestión de cinco segundos.

Doblé el volante hacia la derecha saliéndome de la pista. Los neumáticos crujieron.

Sonó un restallido y yo salté por arriba del coche.

Crucé el aire como un obús dando vueltas.

Entonces sobrevino el impacto.

Fue algo brutal y de pronto sentí que me hundía y que yo trataba de respirar y entonces los pulmones se me llenaban de agua.

Pensé que quizá ya estaba muerto o que en la agonía creía haber caído al mar, cuando eso resultaba imposible.

Dejé de hundirme y empecé a subir hacia arriba. Traté de mover los brazos y las piernas para ayudarme, pero sentí un agudo dolor en los hombros, en las caderas y en el pecho.

Continué ahogándome.

Finalmente afloré la cabeza por encima del agua y respiré con fruición.

Pero luego me hundí otra vez.

Mi instinto me advirtió que ahora no volvería a subir. Moví los brazos y las piernas, aunque me costó un infierno.

Otra vez floté y entonces alargué un brazo en busca de algo a que asirme, pero sólo encontré mi puñado de aire.

Oía voces a lo lejos.

—El tipo se debe haber hecho pedazos.

—Sus restos cabrán en una cajita de cartón.

Malditos fuesen. ¿Por qué no venían en mi ayuda? Intenté gritar para llamar su atención, pero las palabras no pudieron salir de mi garganta.

Tenía que hacerlo yo solo. Dar con Corvino, con los asesinos de Hugh Graham y hacer justicia a Ross Moller. Pensé en Audrey, que me estaba esperando en el apartamento del hotel Utrech. Hermosa Audrey. Dulce Audrey.

Cobré nuevas fuerzas y otra vez levanté el brazo y ahora mis dedos rozaron algo sólido. Lo intenté por tercera vez y entonces pude agarrarme a la piedra y me arrastré suavemente porque desde la punta de los pies hasta el cerebro, mi cuerpo era lacerado por terribles ondas de dolor.

Permanecí un rato quieto con la cabeza apoyada en la piedra llevando aire a mis pulmones.

El agua estaba muy fría y mis dientes empezaron a castañetear. Tenía que salir de allí o muy pronto me desmayaría y entonces acabaría todo.

Apoyé un codo en lo alto y entonces me icé. Fue terrible, agotador y lento. De una lentitud desesperante. Pero al fin quedé tendido de bruces en la piedra.

Sentí unas terribles arcadas y desocupé el estómago. Creí morir, pero luego eso resultó muy bueno porque mis sentidos empezaron a despertarse.

A lo lejos, a unas cincuenta yardas, vi sombras junto a la carretera y luego percibí nuevas voces.

Un motorista llegó zumbando con su máquina y se detuvo.

—Vamos a ver. ¿Qué ha pasado?

—El tipo se hizo añicos, agente.

No quería que me encontrasen. Eché una mirada en torno. Y comprendí que debía la vida a un milagro. Allá había un campo de trigo y había ido a caer en un estanque. No era muy pequeño pero aposté a que era el único que existía en un par de millas a la redonda.

Me enderecé como pude y eché a andar hacia el campo.

El trigo me sirvió para esconderme enseguida. Luego me tendí nuevamente en el suelo.

Me palpé el cuerpo. No, no debía tener ningún hueso roto, pero la «Luger» había desaparecido mientras volaba por el aire. Quizá eso fue una suerte, porque con su peso me habría ido más pronto al fondo del estanque.

Ahora necesitaba un buen trago de *whisky* para calentarme y recuperar fuerzas.

Seguía oyendo las voces de los curiosos que se habían reunido en el lugar del accidente, pero ahora no me interesaba lo que decían. Yo estaba vivo. Pero alguien me había querido muerto. Un bastardo, o dos. O quizá fuesen más.

Bien, a todos los arreglarla.

Salí del campo por el extremo opuesto al en que había vuelto a nacer y, después de andar un trecho, me metí por una callejuela. Para entonces, mis ropas estaban casi secas.

Entré en un bar de mal aspecto. Era un cuchitril donde mujeres de cuarenta años de vida airada trataban de sacar la plata a tipos que no ganaban más de seis dólares diarios.

En el mostrador había un tipo sucio de dentadura mellada. Tenía sobre el hombro un paño humedecido que debía utilizar para secar los vasos.

Pero yo necesitaba el *whisky*.

Lo bebí de un solo trago y pedí otro. Todo me costó medio dólar. Luego hice que el tipo se doblase hacia mí haciéndole una señal.

—¿Me puede vender una pistola?

Me miró con el ceño fruncido y negó con la cabeza.

—Le doy hasta veinte dólares.

—Pregúnteselo a Holmes, es el del rincón.

Seguí la dirección de sus ojos y vi a un tipo que reía enseñando el esófago. A su lado había una pelirroja con la cara muy pintada, Fui hacia ellos y me senté en una silla. Holmes se puso serio.

—¿Quién lo invitó, compadre?

—Quiero una pistola.

—¿A quién va a matar?

—No es cuenta suya.

—¿Cuánto?

—Diez dólares.

—Salga de aquí antes de que lo eche a puntapiés.

Era un alfeñique al que hubiese aporreado con una sola mano. Pero necesitaba el arma para llevar a cabo la faena que me quedaba por hacer aquella noche.

—Doce —dije.

La pelirroja se puso a mi favor.

—¿No decías que te hacía falta dinero, Holmes? Véndesela de una vez.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Por qué no has de callar la boca? —Sacó tina pistola y me la alargó—. Está bien. Doce.

—Diez —dije yo, volviéndome atrás.

Apretó los dientes rabioso y fulminó con la mirada a la pelirroja, porque con su intervención le había estropeado el negocio.

—De acuerdo, míster —acepto.

Saqué el manojo de billetes, que estaban pegados unos a otros.

Aparté diez y luego otros dos, que entregué a la pelirroja.

—Yo hago así los negocios —dije, mientras cogía la pistola de la mano de Holmes.

Comprobé que el número de fabricación se hallaba aserrado. Era una «Smith y Wesson» y estaba repleta de balas.

Me levanté haciendo un saludo y la pelirroja me cogió del brazo.

—¿No quieres comprar nada más, chico? Te costaría muy poco.

—Gracias, pero mi esposa y mis cinco hijos me están esperando.

Salí de allí y eché a andar por la acera hasta encontrar la primera parada de taxis.

Di a un conductor la dirección prometiéndole una propina de dos dólares si hacía la carrera aprisa.

Los dos dólares le hicieron abrir los ojos y en menos de veinte minutos llegamos a nuestro destino.

Me despedí de él abonándole el importe de la carrera y entré en el edificio a donde me dirigía.

La Televisión colabora mucho con los detectives privados.

Muchas veces podemos colarnos en las casas gracias a que los encargados están absortos riendo con Bob Hope u oyendo a Dean Martin. Esta vez el tipo que entretenía al fulano era el bueno de Bob.

A un lado de la puerta había un casillero. Le eché una ojeada y me dirigí al ascensor. Una vez dentro, pulsé el botón de la quinta planta. Arriba, reexpedí la jaula y caminé por un corredor hasta detenerme en la puerta marcada con el número diecisiete.

Apreté el timbre y esperé:

La puerta fue abierta por Vicky Graham, la cual mostró un gesto de sorpresa, no sé si por verme allí o por el aspecto que yo debía ofrecer.

—¿Qué le pasó, señor Wyler?

—Anduve metido en juerga. ¿Puedo entrar?

Titubeó un instante mirando hacia dentro y luego volvió a mirarme dirigiéndome una sonrisa.

—Claro que sí, señor Wyler.

Me hizo pasar a un *living* muy mono con muebles que parecían recién adquiridos. No esperé a que me invitase y me dejé caer en un sillón. Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos mientras daba un suspiro.

Me pareció que hacía un siglo que no probaba el *whisky*.

—¿Puede invitarme a un trago? —sugerí.

—Si, creo que queda algo en la cocina.

Se cubría con un vestido negro muy ceñido que dejaba sus brazos al descubierto, unos brazos maravillosos. Pero todo en ella era una maravilla.

Estuvo ausente como cosa de cinco minutos y, cuando regresó, dijo sonriente:

—No lo encontraba. Olvidé que la última vez no había vuelto a dejar la botella en su sitio.

Tomé el vaso y miré el líquido.

—¿Qué pasaría si yo bebiese este *whisky*, señorita Graham? —pregunté de pronto.

—No le comprendo, Wyler.

—¿Quiere que se lo repita?

—No he querido decirle eso. Lo entendí perfectamente, pero me parece absurdo.

La miré con una sonrisa.

—Yo se lo diré, señorita Graham. Si yo bebiese este *whisky*, no tardaría en caerme redondo.

—Sólo sería señal de que aguanta usted muy poco o de que ha bebido mucho antes de llegar aquí. Me inclino por la segunda respuesta.

—No, señorita Graham. Yo no caería al suelo por ninguna de esas razones. Sería por otra. —Hice una pausa mirándola fijamente a los ojos y luego agregué con voz tranquila—: Usted ha envenenado el *whisky*.

CAPÍTULO XII

La hermosa Vicky Graham levantó la barbilla.

—¿Qué está diciendo, señor Wyler?

Levanté el vaso.

—Haré analizar el contenido y el laboratorio me dará la razón.

—Sólo dice tonterías.

—¿Cree que no lo voy a hacer?

No dijo nada y entonces me puse en pie y eché a andar hacia la puerta.

—Párese —gritó.

Me detuve y giré sobre mis talones. No; ella no tenía ningún arma en la mano, quizá porque no estaba a su alcance. Se mordió el labio inferior con fuerza y luego vi cómo hacía terribles esfuerzos por serenarse. Entornó los ojos y supe enseguida por dónde iba a ir la cosa.

—He pensado mucho en usted, Peter.

—Vaya.

—Me siento muy sola...

—¿Desde cuándo?

—Debe ser temperamental.

Se acercó al diván y sentóse cruzando las piernas.

—Venga aquí, Peter.

Ladeé la cabeza.

—¿Por quién me has tomado, nena?... Será mejor que aclaremos las cosas de una vez.

Otra vez empezó a ponerse furiosa.

—Le agradecería que no me gastase otra broma como la del *whisky*. Son muy pesadas.

—No acostumbro a gastar bromas con mis clientes,

especialmente cuando están relacionados con un caso de asesinato.

—¿Quiere sentarse de una vez? Me pone nerviosa verlo de pie.

—Muy bien —dije—. No hay prisa.

Quizá esperó que ocupase un lugar a su lado, en el diván. Era muy fascinante la señorita Graham, pero el trabajo es el trabajo y las circunstancias que rodeaban mi visita a aquel apartamento eran un poco trágicas.

Ocupé el sillón de antes y dejé el vaso de *whisky* en la mesa.

—¿Qué quiere decirme, señorita Graham?

—Ya no necesita seguir investigando.

—¿Por qué?

—Voy a vender la fábrica.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Aquí mismo. Dentro de media hora espero al comprador.

—Eso no fue lo pactado. Quedamos en que yo investigaría la identidad de esa persona.

—Me consta que no tiene que ver con Bill Corvino.

—¿Quién le informó a ese respecto?

—Mi agente Norman Lee.

—Corriente, señorita Graham. Dígame ahora el nombre de la persona a la que se dispone a vender.

—Richard Lody.

—¿Por cuánto?

—Setenta y cinco mil dólares.

—Es una buena tajada.

La joven respiró profundamente.

—Tal como quedó establecido en nuestro pacto, yo dejo de ser cliente suyo.

—Sí, señorita Graham. Usted va a dejar de ser cliente mío.

—Sólo ha ganado usted cuarenta dólares.

—Exactamente.

—Pero yo le voy a dar quinientos.

—¿Por qué ese dispendio, señorita Graham?

—Sé que usted no tuvo la culpa de que matasen a tío Hugh.

—En cierto modo me siento responsable de que aquello llegase a ocurrir y también de que liquidasen a mí amigo Ross. Aunque si yo hubiese estado al lado de Hugh habría corrido la misma suerte.

—No se ponga triste, señor Wyler. Estoy dispuesta a darle ahora mismo los quinientos dólares para que se vaya a su casa y pueda dormir tranquilo.

—Muy bien. Démelos.

Se marchó otra vez, pero ahora no fue a la cocina, sino a una habitación que debía ser utilizada como dormitorio. Sólo tardó dos minutos en regresar junto a mí con un rebaño de billetes en la mano.

—Cuéntelos.

Los conté y, efectivamente, había quinientos. Los escondí en el bolsillo y luego dije:

—Me quedaré para ver cómo realiza la operación.

—Gracias por su amabilidad, pero no es necesario. Mi agente traerá los testigos.

Hubo un silencio entre nosotros. Yo continuaba sentado y ella estaba de pie y podía observar ahora nítidamente lo hermosa que ella era.

—Es increíble —dije.

—¿Qué es increíble, Wyler?

—Que un ángel como usted pueda ser un demonio.

—¿Va a volver a hablar del *whisky* envenenado?

—No, señorita Graham. Eso ya es completamente accidental, porque usted no va a ser juzgada por un intento de envenenamiento, sino por asesinato en primer grado.

—¿Qué dice?

—Usted mató a su tío.

Esta vez permaneció tal como estaba, inmóvil, fría y serena.

—Usted lo asesinó, Vicky, porque se encontró con que todo estaba a su favor.

—¿A mi favor?...

—Sí, Vicky. El propio Hugh la enteró de la coacción de que querían hacerle objeto y quizá él también le explicó que pensaba dirigirse a mí, a un detective privado. Usted lo vio muerto de miedo y pensó que, si no se lo cargaban los «gangsters», lo haría usted. Tal como estaban las cosas, Bill Corvino y sus secuaces siempre cargarían con el mochuelo.

—Sólo dice usted barbaridades.

—Yo veo así las cosas. A poco de abandonar yo la oficina de su

tío, llegó mi amigo Ross Moller, pero más tarde, de alguna manera, los tipos de Bill Corvino creyeron que yo continuaba con su tío y, naturalmente, pensaron jugármela. Me retirarían de la circulación y, de paso, Hugh Graham, poseído por el pánico, les vendería por el precio que ellos le habían ofrecido. Pero, cuando fueron por mí, se encontraron con la sorpresa de que era Ross Moller quien ocupaba mi lugar. Naturalmente, se lo llevaron dejando a Hugh vivo. Le pegaron un balazo en la cabeza a Ross y lo introdujeron en mi apartamento. Con ello conseguían, a su juicio, dos cosas. Primero: que la policía me acusase de homicidio. Segundo: si la policía me dejaba tranquilo, yo cerraría la boca por la cuenta que me traía, ya que lo de Moller me debía de servir como aviso.

Vicky largó un bostezo y se puso una mano en la boca.

—Su historia resulta muy aburrida, Wyler.

Sentóse otra vez en el diván, pero ahora no cruzo las piernas.

—Usted, Vicky, no tuvo más que ir a casa de su tío y acabar con él de un balazo. Confieso que fue certera, le bastó con una cápsula.

—¿Cómo va a demostrar eso?

—Resultará la mar de sencillo. Presentando a la policía la pistola con la que se cometió el crimen.

—Usted debe creer en los cuentos de hadas.

—Son muy bonitos.

—Le voy a sugerir algo, Wyler. Levántese, eche a andar y olvídense de que existo.

—Le prometo que lo haré..., cuando haya hecho justicia.

Sus ojos fueron cambiando poco a poco, brillando más, y su cara también sufrió una variación porque ahora los rojos labios se distendieron en una mueca y sus cejas trazaron unos extraños arcos y la piel y sus mejillas se atirantaron y de esa forma todo su bello rostro se convirtió en una máscara infrahumana, porque sacó a relucir todo el odio que llevaba dentro. Echó el torso hacia delante y sus dientes rechinaron.

—¡Maldito seas, Wyler!

—¿Dónde está la pistola?

—Aquí —dijo una voz a mis espaldas.

Me volví rápidamente metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta donde guardaba la «Smith y Wesson» comprada a Holmes.

—¡Quieto! —ordenó el tipo que había aparecido por la puerta de

la cocina.

Era un hombre de unos treinta años, de talla regular, pero con cuerpo de atleta. Su cabello era rubio y los ojos muy verdes. Cubríase con un traje deportivo muy elegante, pantalón gris y chaqueta a cuadros verdes.

Instantáneamente me pasó por la cabeza la descripción que el «Murciélagos» me había hecho del hombre que lo había comprado por cien dólares para que me retirase de la circulación. Era rubio, tenía ojos verdes y vestía elegantemente.

—¿Henry Mac Laine? —dije.

—Sí, Henry Mac Laine —asintió—. El tipo que va a acabar con usted por entremetido.

Sonreí inseguro.

—Guarde el chisme, Henry. Y no se complique en esto.

—Ella es mi novia.

—Es una asesina.

—Eso me importa un rábano pero, dígame, Wyler, ¿cómo supo que fue ella?

—La propia Vicky cometió el fallo.

Vicky se levantó de un salto.

—¡Eso es falso!

—Sí, nena —dije—. Fuiste tú. Encontré muy sospechoso aquello de que yo entrase en tu despacho y te pusieses a dictar una carta sin volver la cabeza. Yo acababa de hablar con Diana Hillory en el antedespacho y ella no me advirtió que tú la estabas esperando. Sabías perfectamente que era yo quien entraba en el despacho.

—Mentira.

—Hubo un detalle la mar de significativo por si fallaba la lógica mental.

—¿Qué detalle?

—Estabas mirando por la ventana y yo estaba al otro lado. Debiste ver mi imagen reflejada en el cristal. Sin embargo, permaneciste quieta y te pusiste a dictar la carta.

—¿Por qué diablos iba a hacer yo todo eso?

—Quisiste perfeccionar tu crimen, después de cometido, cuando realmente no lo necesitabas, porque no habías dejado huellas. Tal como lo esperabas, la policía y yo cargamos en la cuenta de Bill Corvino la muerte de Hugh Graham, pero tú, al querer atar todos

los cabos, te hiciste sospechosa. ¿Por qué ibas a querer escribir una carta a un individuo que vivía en tu misma ciudad?

—Estaba reñida con él.

—Es posible que fuese cierto, pero te hubiera bastado con una llamada telefónica para poderlo arreglar. Además, los diarios ya habían publicado que tú eras la heredera de tu tío y cabía suponer que, dado el sensacionalismo del caso, Henry Mac Laine se enteraría de tu suerte —sonreí—. No, Vicky. Tú sólo querías decir aquello para llevar a mi ánimo lo sorprendente que había resultado para ti el que de la noche a la mañana te hubieses convertido en propietaria de la fábrica de tu tío. Naturalmente, no querías seguir con el negocio. A ti te interesaban los dólares y me preparaste el terreno diciendo que ibas a vender, remachando lo que ya habías comunicado a los periodistas.

Se hizo un silencio y entonces Harry Mac Laine barbotó:

—Eres una estúpida, Vicky. Él lo acaba de demostrar.

—Repíteme otra como ésa y te juro que te abandono para siempre, Henry. No consentiré que me insultes.

Mac Laine sonrió sarcásticamente.

—¿Qué ibas a hacer tú sola? Ya lo has visto. Te tenía atrapada.

—Muy bien. Iremos a la par. Pero termina de una vez con él. Sabe demasiado.

—No lo puedo hacer aquí.

—Hazlo donde quieras, pero llévate deprisa. Odia a este tipo con todas mis fuerzas.

—¿Y si viene el comprador en mi ausencia?

—No te preocupes. No me marcharé con el dinero.

—Quisiera estar seguro.

Fue ahora ella quien rió.

—¿Es que no te fías de mí?

—¡No!

—¿Qué clase de tonto eres, Henry? Tienes la pistola con la que maté a Hugh. Te sería fácil arruinarme si te abandonase.

—Sí, eso es cierto.

Me llegó el turno.

—Apuesto a que ella también ha pensado en liquidarte, Henry. Lo hará en cuanto no le hagas falta.

—¡Cállate, sabueso! —exclamó Vicky.

Ignoré su interrupción.

—Conozco a las personas y sé perfectamente cuándo están cansadas unas de otras. Eso es lo que le pasa a Vicky. Está harta de ti, Henry.

Henry dislocó la cara en un gesto de furia.

—¡Te voy a liquidar, entremetido!

Le lancé el puño porque supuse que en su rabia tardaría un par de segundos en apretar el disparador.

Hice blanco, pero el tipo se me fue contra la pared sin soltar la pistola.

Seguí corriendo en pos de él y agaché la cabeza para pegarle un topetazo contra el muro. Eso sería suficiente para que cayese desparramado en el suelo, pero ya les dije que Henry era un atleta. Bajó el brazo armado y la pistola percutió contra mi cráneo. Fue un golpe seco y yo había sufrido mucho a raíz de mi accidente en el coche.

Vi un pozo negro ante mis ojos y caí de cabeza en él.

CAPÍTULO XIII

Oí una voz.

—Firme aquí, señor Lody, y la operación habrá quedado terminada.

Luego habló Vicky Graham.

—Cuenta si hay treinta mil, Henry.

Después graznó otra persona.

—Debieron quitar de en medio a Wyler.

—No se preocupe, señor Corvino —dijo Henry—. Va a ser cuenta mía.

Sentí un escalofrío al oír el nombre de Corvino. De modo que se habían reunido todas las hienas.

Me encontraba tendido en el suelo, inmóvil, con los ojos cerrados. Me dije que no habría podido soñar con una ocasión como ésta. Allá estaban juntos los asesinos. Bill Corvino, responsable directo del asesinato de Ross Moller, y Vicky Graham con su cómplice Henry Mac Laine, a quien había que cargar la muerte de Hugh Graham.

Oí otra voz femenina.

—Usted nos prometió cinco mil dólares, señor Corvino.

Era Diana Hillory, la despampanante rubia, una de las monadas de Graham.

—Con dos mil tendréis bastante —dijo Corvino.

—Protesto.

El de la protesta era Jack, el novio de Diana, el muchachito que quería romperme la cara fuera de «La Rosa Negra».

—Os daré mil más y que no se hable del asunto —sugirió Corvino.

—No puede hacernos esa clase de faena —intervino otra vez

Diana—. Fui yo personalmente quien lo visitó a usted, señor Corvino. Le expliqué lo enormemente fácil que le sería convertirse en dueño de la fábrica de Hugh Graham, le hablé del miedo que tenía, lo cobarde que era aquel hombre... Además, Jack se comprometió mucho cuando vació el aceite del freno en el coche de Wyler.

Una voz bronca dijo:

—Será mejor que os conforméis con tres mil.

Ésta vea me costó trabajo reconocer en aquella voz la de Marco Pisano.

Los tenía a todos situados, pero ¿y si Corvino y Pisano habían traído a sus «gangsters» y estaban esperando en el corredor?... ¡Al diablo con eso! Tenía que hacerlo aunque me fuese en ello la vida.

Henry Mac Laine dijo:

—Sí, nena. Hay treinta mil.

De modo que, tal como me había supuesto, Richard Lody sólo era un testaferro de Bill Corvino. Al fin y al cabo, el exjugador iba a ser dueño de la fábrica de Graham por el precio que había ofrecido a mi cliente. Eso le había resultado sencillo teniendo en cuenta que Vicky Graham sólo quería dinero. A ella no le había costado ningún esfuerzo aquella farsa. Treinta mil dólares era una cantidad que le permitiría una vida de lujo durante unas cuantos años. Luego ya pensaría en matar a alguien para cobrar otra bolsa.

Pero eso no iba a ocurrir mientras yo respirase.

Marco Pisano dijo:

—Yo tengo prioridad sobre Wyler, Mac Laine.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo seré quien me lo cargue.

—Muy bien —rió Mac Laine—. Es un favor que me haces.

Abrí el párpado del ojo derecho y vi un tobillo muy fino. Pertenecía a Vicky Graham.

Lo atrapé con rapidez y tiré de él al tiempo que me levantaba.

Vicky lanzó un grito mientras se desplomaba sobre Pisano y Henry.

Lancé una maldición cuando perdí el equilibrio y me fui contra un sillón. Me negué a creer lo que estaba viendo. Encima de ese sillón había un arma, mi pistola, la de Holmes.

La atrapé por la culata y me revolví.

El desconocido, que sólo podía ser Lody, estaba sacando el arma bajo la axila.

Le envié un pildorazo al estómago y otro al pecho y se derrumbó. Bill Corvino se había tirado al suelo y alargó la mano atrapando la pistola que su sicario acababa de soltar.

—¡Corvino! —llamé.

Se quedó inmóvil como si le hubiese enviado el rayo paralizante. Sus ojos se abrieron mirando el arma que yo esgrimía.

—¡No haga eso, Wyler! ¡Le pagaré!

—No, sapo.

Entonces hizo una mueca feroz y atrapó el revólver. Había perdido un tiempo precioso porque justo en ese instante vi por el rabillo del ojo que Marco Pisano estaba desenfundando su pistola.

Disparé sobre Bill Corvino y un agujero apareció en su frente. Cayó hacia atrás con las piernas abiertas y en ese momento levantó la pistola y apretó el gatillo.

Resultó algo maravilloso para mí. La bala que escupió la pistola de Corvino chocó contra el pecho de Marco Pisano, quien golpeó contra el sillón y rebotó en el suelo.

Giré un poco a la derecha, y Henry Mac Laine me miró aterrorizado.

—¡No tire, Wyler!

Diana Hillory gimoteaba a gatas en el suelo.

—¡Es horrible! —decía—. ¡Es horrible!

De buena gana le hubiese soltado un puñetazo, pero ya se encargarían de ella por su colaboración en la muerte de Graham.

El guapetón de Jack se había convertido en un merengue. Apenas le dirigí una mirada empezó a doblar las piernas y se desmayó.

Sólo Vicky Graham se lanzó sobre mí para quitarme la pistola, pero la aparté de un empujón y me escurrí de sus manos, porque temía que de un momento a otro la puerta se abriese dando paso a los esbirros de Corvino.

Eso ocurrió ahora. La puerta se abrió. Pero quien entró en la estancia fue el capitán Leigh seguido de Ferrer, de Parker, de Ralph Javalay y de otros agentes.

—¡Apresen a esta gentuza! —exclamé.

Ralph Javalay se llegó a mi lado.

—Ya hicimos la primera caza abajo con los hombres de Corvino que estaban esperando.

—¿Cómo supisteis que estaba aquí?

—Cuando llegamos a «La Rosa Negra» no encontramos a nadie en el despacho. El capitán soltó alrededor de un centenar de maldiciones contra ti. Se me ocurrió hablar con la encargada del guardarropa y entonces me contó la historia de un muchacho que se parecía mucho a ti y que le pagó quince dólares, porque hiciese una llamada a una tal Vicky Graham. A propósito, ha aparecido un hermano de Hugh Graham que será el nuevo heredero. Apuesto a que te obsequia con un buen cheque.

Le cogí la cabeza y le di un beso en la frente.

—Si alguna vez te quedas sin empleo, te admitiré como socio, Ralph.

El capitán Leigh me apuntó con el dedo.

—¿Dónde se cree que está, Wyler?

—En la jungla, capitán.

Puso una cara feroz y fue a añadir algo, pero de pronto bajó el brazo y dijo con voz lúgubre:

—Y lo peor es que tiene razón.

Les conté toda la historia, aunque ellos ya habían adelantado mucho al ver los cadáveres en el suelo.

Luego me acerqué renqueante al teléfono y marqué un número.

—Tom —dije, cuando se estableció comunicación—, llama a la muchacha.

Mientras esperaba, vi cómo los policías trabajaban. Empezó a entrar gente del laboratorio para sacar fotografías. El capitán Leigh fumaba con delectación un cigarrillo. Por todas partes oía voces, pero sólo presté atención a la de Audrey.

—¿Eres tú, Peter?

—Sí, nena.

—Creí que me iba a volver loca, que ya no te volvería a ver...

—Eso va a ocurrir enseguida. Voy allá, Audrey.

Eché a andar hacia la puerta. Al llegar al hueco me volví. El capitán Leigh y Javalay estaban juntos. Los dos me dirigieron una sonrisa.

Entonces les hice un saludo con la mano y salí de la habitación.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).